

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Escolta personal

Máximo Buendía, presidente de Salvatierra, ha sufrido ya dos atentados contra su preciosa vida, y se teme que no tardando mucho se produzca otro, y otro… Esto preocupa mucho a los Estados Unidos, que tienen en Máximo Buendía un muy adicto colaborador de su política y sus intereses generales en América del Sur, y desean conservarlo por mucho tiempo. Así pues, la CIA toma cartas en el asunto, con la intención no sólo de proteger a Buendía, sino de identificar y eliminar a quienes promueven y financian esos atentados contra su vida. Y si interviene la CIA, ¿quién mejor que la agente Baby para atender tan importante misión?



Lou Carrigan

Escolta personal

Brigitte en acción - 449

ePub r1.1
Titivillus 17.12.2017

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

En el Aeropuerto Kennedy de Nueva York la señorita Brigitte Montfort había abordado una avioneta privada que ahora, poco antes del mediodía luminoso de verano, estaba ya aterrizando en la pista asignada en el aeropuerto washingtoniano de Foster Dulles, en un extremo apartado.

Finalizada la maniobra, un automóvil partió desde el discretísimo lugar donde había estado esperando, en dirección a la avioneta. Cuando el automóvil llegó junto a aquélla, se apearon dos hombres, uno de ellos, el que había conducido, joven y atlético; el otro también atlético, pero ya no tan joven, y cuyas principales características eran su leve cojera y su larga melena agrisada, que le confería un cierto aspecto leonino.

Este hombre, que portaba un portafolio, se encaminó hacia la avioneta, mientras el otro abría el maletero del coche y sacaba dos maletas. Mientras tanto, la portezuela de la avioneta se había abierto, y en el hueco apareció otro atleta joven, de rubios cabellos y escrutadora mirada. Evidentemente, no tuvo nada que oponer a que el hombre de más edad abordara la avioneta, y, segundos después, se hacía cargo de las maletas que trajo el otro atleta; éste regresó al automóvil, sin más, y desapareció hacia el fondo de las pistas. El hombre que se había hecho cargo de las maletas cerró la portezuela, y, tras colocar bien las maletas en un lado, se dirigió hacia la cabina de mandos, donde esperaba el piloto.

Mientras tanto, el melenudo y maduro caballero del portafolios se había sentado junto a la única pasajera de la avioneta, que volvió hacia él su luminosa mirada azul, sonrientes los ojos y todo el expresivo y bellísimo rostro.

—Espléndido día, señor —dijo por todo saludo.

—Sí que lo es —asintió él—: un magnífico día de verano, apto para todos los excesos que alegren la vida.

—Zambomba —rió ella—, ¡sí que viene usted con ímpetus!

—De cuando en cuando es bueno sentirse joven.

La señorita Brigitte Montfort volvió a reír, se ladeó hacia el hombre, y le besó cariñosamente en el rostro. Eran amigos desde hacía muchos años, y aunque ahora él era el Jefe del Grupo de Acción de la CIA, y por tanto jefe directísimo de Brigitte Baby Montfort, muchos años atrás había sido un simple compañero de ella, un Simón, al que la divina espía salvara la vida en Buenos Aires…

—Pero bueno —dijo Brigitte tras los besos—, por lo que usted dice parece que no siempre se siente joven.

—Desdichadamente, no.

—¿Sabe lo que tendría que hacer usted, señor? —propuso Brigitte—. ¡Tomarse unas vacaciones muy bien acompañado!

El hombre que se había hecho cargo del equipaje de *Mr*. Cavanagh regresó de la cabina de mandos, sonrió a Brigitte, informó a aquél de que podían despegar cuando quisiera, y, tras recibir el permiso para ello, se hizo cargo del portafolios y regresó hacia la cabina de mandos.

—¿Qué hay en el portafolios? —preguntó Brigitte.

—Una carga de viodeotape que nos van a proyectar cuando yo lo pida —dijo Cavanagh, señalando el aparato de televisión encajado sobre la entrada a la cabina de mandos—… ¿A qué llama usted estar bien acompañado?

—¿Se refiere a lo de las vacaciones?

—Claro.

—Pues yo llamo estar bien acompañado, en primer lugar a gozar de la presencia de alguien a quien amamos. Y en segundo lugar, si no amamos a nadie ni nadie nos ama, procurar encontrar una persona digamos… simpática, generosa, complaciente, agradable…, que nos proporcione placer y compañía.

—No sé si creer lo que estoy oyendo —pareció pasmarse Cavanagh—… ¿Me está sugiriendo que… contrate los servicios de alguien para que me haga compañía y me proporcione placer?

—¿Por qué no? Estoy segura de que le sentarían estupendamente unas vacaciones en Miami disfrutando de la compañía de una encantadora rubita. Las hay con mucho estilo.

Mr. Cavanagh volvió a mover la cabeza con gesto incrédulo. La

avioneta despegó. Poco después volaba en dirección sur. Brigitte, que llevaba ya volando desde Nueva York, se permitió un bostezo, y acto seguido sonrió, como disculpándose.

—Parece un poco cansada —murmuró Cavanagh.

—Anoche estuve trabajando hasta muy tarde en un reportaje que Miky estaba esperando. Y he tenido que madrugar para atender su llamada urgente e ir al Kennedy a tomar esta avioneta. Pero no se preocupe: he dormido durante el vuelo, y después del almuerzo volveré a dormir… Es decir, si ha tenido usted en cuenta lo del almuerzo.

—Si mis órdenes han sido cumplidas —sonrió el jefe de todos los agentes de Acción de la CIA— llevamos a bordo manjares exquisitos y naturalmente champán Dom Perignon muy frío. Y guindas. ¿Qué prefiere usted primero? ¿Almorzar y descansar… o ver la cinta de video?

—Veamos el video —señaló Brigitte el aparato de televisión.

Cavanagh asintió, se puso en pie, y fue a la cabina, de la cual regresó con el portafolios, que colocó sobre sus rodillas tras sentarse.

Brigitte, que había encendido dos cigarrillos, le ofreció uno, y se quedó mirando interesada la pequeña pantalla. Afuera el cielo ofrecía un azul diáfano, sin una sola nube. La pantalla del televisor se iluminó de pronto, en colores, mostrando un paisaje tropical de ensueño: palmeras, playas encantadoras, gaviotas, pequeñas localidades de blancas casas, plantaciones de piña, café, cacao… Era todo tan hermoso y perfecto que parecía que sólo pudiera existir en los folletos de las agencias de viajes.

—¿Ha reconocido el país? —murmuró Cavanagh.

—Yo diría que es esa pequeña nación centroamericana llamada Salvatierra, cuya capital es la ciudad de El Redentor.

—¡¿Cómo ha podido identificarlo?! —exclamó Cavanagh.

—Porque una de las vistas nos ha ofrecido parte de la ciudad de El Redentor, y el Palacio Presidencial, desde donde gobierna digamos con… mano dura y casi despótica el general Máximo Buendía, convertido en presidente de Salvatierra por obra y gracia de una revolución inteligente e implacable. ¿Tengo que matar a Máximo Buendía?

—¡Claro que no! ¡Es aliado nuestro!

—Me lo temía. Ah, ahí lo tenemos…

Efectivamente, en la pantalla había aparecido el rostro de un hombre de unos cincuenta años, de facciones grandes y un tanto disipadas, boca grande, orejas grandes, pequeños ojos negros que parecían querer escrutar el mundo entero, con un destello de malicia que casi parecía maldad. Máximo Buendía aparecía tanto de paisano como de militar, en primeros planos y en ceremonias multitudinarias.

Y, mientras su imagen aparecía de tan diversas maneras, Cavanagh daba unas explicaciones a Brigitte:

—No vamos a decir que Buendía es maravilloso, pero sí que es un hombre muy útil a nuestros intereses y conveniencias políticas: es anticomunista ciento por ciento, y muy obediente a las… sugerencias que le llegan desde Washington. Como usted comprenderá un hombre así nos interesa muchísimo al frente de Salvatierra.

—Claro. Los imperialistas como nosotros necesitamos servidores de nuestros intereses. Pero bueno: ¿qué pasa con Máximo Buendía?

—Nuestros servicios de información en Salvatierra han detectado dos intentos de asesinato en la persona de Máximo Buendía. Dos intentos bastante absurdos e ineficaces, pero que han provocado inquietud en Washington. Está claro que alguien ha pretendido ya por dos veces eliminar a Máximo Buendía, y, aunque sus métodos y posibilidades no parecen demasiado peligrosos, cabe temer que a fuerza de ir insistiendo vaya aprendiendo, con lo que tal vez terminará por conseguir su objetivo.

—Sí —sonrió Brigitte—, suele suceder así: a base de insistir se aprende todo, incluso a asesinar. ¿Sospechamos de alguien en concreto como el agresor o como el promotor de los atentados?

—No. Hay demasiadas personas importantes tanto de la esfera privada como de la política y la milicia en torno a Buendía, así que puede haber sido cualquiera de los muchos personajes con ambiciones que siempre existen en todas partes. Sin embargo, nosotros tenemos la sospecha de que bien podría tratarse de atentados dirigidos por los rusos. Comprenderá usted que un gobierno centroamericano tan decididamente proyanqui no sea del agrado de los soviéticos.

—Lo comprendo perfectamente. Y así, por el simplísimo

procedimiento de sumar dos y dos nos ponemos a sospechar que los rusos han atentado contra la vida del presidente Buendía.

—La lógica es la lógica.

—Ya. ¿Qué debo hacer yo? ¿Descubrir el plan soviético?

—Me parece que no siente demasiado interés por lo que estoy tratando de explicarle.

—Francamente, ningún interés. Es todo demasiado vulgar.

Cavanagh sonrió.

Brigitte captó perfectamente el enigmático matiz de su sonrisa, y se quedó mirándolo fijamente. Él señaló de pronto hacia la pantalla, y Brigitte volvió la mirada en esa dirección.

Aparecía un nuevo personaje: una mujer de unos veinticinco años, morena, de grandes ojos negros, boca grande y roja, muy sensual, y una cabellera espléndida, parecida a la de Brigitte Montfort. El personaje apareció también en varios planos, de modo que Brigitte pudo verla paseando por El Redentor, en la playa, en unos jardines… Tenía un cuerpo pleno, vibrante, turgente. La imagen de la mujer quedó congelada en un primer plano del rostro.

—¿La conoce? —murmuró Cavanagh.

—Me recuerda a alguien, pero no sé…

—Es la esposa de Máximo Buendía. Él tiene cincuenta y un años, ella veintiséis. Se llama Narcisa Valdés, pero sus amigos la llaman Sita…, de Narcisita, ¿comprende? Es una mujer inteligente, decidida y valiente. En estos momentos está en Miami, contratando hombres para la escolta personal.

—La escolta personal… ¿de quién?

—De su marido, naturalmente.

—¿Acaso el presidente Buendía no tiene ya su escolta personal en Salvatierra? —se sorprendió Brigitte—. Y en todo caso, si no la tenía ya, cosa que me sorprendería, podría organizarla ahora en su propio país, ¿no le parece? No tiene sentido que viaje a Miami para contratarla.

—Por si todavía no lo ha entendido usted le diré que el presidente Buendía no ha venido a Miami con su esposa. Ha venido ella sola. Y ella sola está contratando esa escolta personal tan… peculiar.

—¿Peculiar? ¿Qué quiere decir?

—La señora Buendía está contratando gente peligrosa, y ofrece

muy buen sueldo. Para ser contratado hay que reunir dos requisitos. Uno, tener muy mala uva. Dos, no ser español ni de las Américas.

—Comprendo el primer requisito, pero no el segundo. Considerando que en Salvatierra se habla español parecería más lógico que los componentes de esa escolta personal hablaran ese idioma, ¿no?

—La gente puede entenderse aunque no hablen el mismo idioma, y a veces incluso muy bien. En cuanto a la idea de la señora Buendía es muy sencilla: no quiere contratar a nadie que pueda parecer del país, tanto por el aspecto como por el idioma, y de este modo tendrá la certeza de que ningún emboscado llegará cerca de su marido para matarlo a traición. Por lo tanto, está contratando hombres muy diferentes a los latinoamericanos: alemanes, suecos, holandeses, suizos, e incluso algún asiático, es decir, gente que llamará la atención dentro del Palacio Presidencial o cerca de Máximo Buendía, esté donde esté él. Una vez conseguida esta guardia o escolta personal dispondrá con ella un círculo en torno a su marido, y a partir de entonces solamente las personas de absoluta confianza podrán acercarse al presidente. La escolta conocerá a esas personas muy bien, y, por otro lado, si alguien que no sea del país pretende acercarse a Máximo Buendía será detectado rápidamente por esa escolta mercenaria.

—O sea, que las personas que hasta ahora podían acercarse a Buendía camuflándose en su aspecto del país, ya no podrán hacerlo. Y si alguien envía a gente diferente, serán detectados en el acto por la nueva escolta personal.

—Exactamente. ¿No le parece una buena idea?

—No está mal —encogió los hombros la espía más peligrosa del mundo—. ¿Qué opinan exactamente de esto en la Central?

—Nuestros estimados jefes opinan que cualquier procedimiento que sirva para conservar la vida de nuestro aliado y colaborador Máximo Buendía es bueno. Por lo tanto, en principio, el plan de Sita Valdés de Buendía está aceptado. Pero no vamos a desdeñar algunos riesgos, ¿verdad?

—Por ejemplo —sonrió Baby—, que precisamente en esa escolta personal se introduzca un agente enviado por los rusos y que, amparado precisamente en su aparente condición de miembro de la escolta, pueda cargarse tranquilamente a Máximo Buendía.

—Eso no es muy probable, ya que ese hombre tendría que ser un suicida, pero no podemos descartar la posibilidad. Otro riesgo es que, pese a la gran vigilancia cuidadosa que pueda ejercer la escolta personal, se produzca el tercer atentado. Y aquí es donde interviene usted: si se produce ese tercer atentado la CIA quiere estar segura no sólo de que podrá ser evitado, sino que esta vez sabremos quién hace el atentado, quién lo envía, y qué es exactamente lo que pretenden. O sea, que precisamos un éxito seguro en ese trabajo, motivo por el cual, naturalmente, contamos con usted.

—Pero… para estar en condiciones de atender ese trabajo yo deberé acceder al Palacio Presidencial de El Redentor.

—Por supuesto.

—¿Y cómo voy a conseguirlo? ¿La CIA va a exigirle a Máximo Buendía que me tenga cerca de él para…?

—Creemos preferible que entre usted en Palacio por sus propios medios.

—Entrar y salir puedo hacerlo, pese a quien pese —dijo Brigitte —. Pero permanecer allí dentro ya es otra cosa.

—Podrá hacerlo fácilmente como miembro de la escolta personal del presidente Buendía.

—¿Miembro de la escolta…? ¡Un momento! ¿Debo entender que la señora Buendía está contratando también mujeres?

—Ni una sola. Pero no veo por qué no habría de aceptar una si reunía los requisitos que se exigen. En este portafolios traigo un pasaporte para usted a nombre de Erika Wagner, de Alemania Occidental, y usted sólo tiene que teñirse de rubio el cabello para ajustarse a la fotografía que hemos colocado en dicho pasaporte. En cuanto a lo de tener mala uva —Cavanagh sonrió divertidísimo— y reunir condiciones para formar parte de un grupo armado y peligroso, francamente, querida, no creo que la agente Baby necesite recibir lecciones de nadie.

—Zambomba —sonrió Brigitte—… ¡Esto ya me parece mucho más interesante!

—Sí —asintió Cavanagh—, puede serlo…, a menos que en ese grupo de aventureros de mala sangre realmente se cuele un agente ruso que sospeche que usted es Baby y, como primera medida, le meta un palmo de acero en los riñones. Tampoco será fácil su labor en el Palacio Presidencial de El Redentor. Y por último, seamos

realistas, todavía no ha sido usted admitida en esa escolta personal…, y quizá no lo sea nunca.

—Querido —frunció el ceño Brigitte Montfort—, se diría que usted todavía no me conoce…

Capítulo II

El descapotable se detuvo frente a la entrada a la villa situada al término de la carretera que la unía con Allapatah, localidad costera sita al sur de Miami, y el hombre que vigilaba al otro lado de las verjas se quedó mirando críticamente a la rubia que lo conducía.

Una rubia con gafas de sol, eso era todo, por el momento. Una rubia que hizo sonar el claxon del coche, actitud que arrancó una sonrisa al sujeto colocado al otro lado de las verjas, y que se acercó a éstas y dijo, con tono de guasa:

—Otro día será, hermana. Siga su ruta limosnera por otro sitio.

La rubia se quedó mirándolo fijamente; o al menos eso le pareció al hombre, pues no podía ver bien sus ojos, debido a los cristales oscuros de las gafas. Pero sí, debía de mirarle a él. Y estuvo así no menos de quince segundos, antes de preguntar:

—¿A usted nunca le han partido la cara?

El hombre alzó las cejas. Hombre, con lo que se estaba aburriendo, y allá tenía algo de diversión, mira por dónde.

Se acercó más a las verjas, y replicó:

—A lo mejor sí, pero nunca una perrita rubia como tú, nena. ¿Qué te pasa? ¿Quieres que te viole dentro del coche?

—Eso no lo hace usted ni ayudado por veinte como usted.

—¿Ah, no?

—Venga a intentarlo. Le aseguro que no gritaré pidiendo auxilio… Y si me viola, pues… que le aproveche. A lo mejor hasta me gusta y vuelvo por aquí mañana.

El sujeto en cuestión no tenía muchos elementos visibles para juzgar con mayor conocimiento a la rubia. Demonios, era una mujer rubia y ya está, así que no había que darle más vueltas. De modo que, sin más contemplaciones, el hombre abrió las verjas, se acercó al descapotable, y tranquilamente, con una manaza enorme y velluda, agarró a la rubia por los cabellos.

—Te voy a meter un polvo que…

No dijo nada más. La mano derecha de la rubia apareció, provista de una pequeña pistola cuya pequeña boca oscura quedó apuntando al rostro del gran valiente violador de damas.

—¿Decía usted algo? —se interesó amablemente la rubia.

—Maldita sea tu estampa… ¡Conque esas tenemos!

—A ver si se cree que me voy a poner en manos de tipos como usted sin saber cómo salir de los apuros, so bestia. Y ahora, ¿será tan amable de soltar mis cabellos? No me he gastado esta mañana cincuenta dólares en el salón de belleza para que ahora venga un cerdo como usted a desbaratar mi peinado con sus pezuñas.

—¿Quieres que te rompa el cuello?

—¿Quiere que le meta una bala por el ojo derecho hasta el centro de su podrido cerebro de matón?

El hombre apretó los labios. Luego, lentamente y de evidente mala gana, soltó a la rubia, que le hizo gestos con la pistola para que retrocediera. El hombre obedeció, y ella empujó la portezuela, salió del coche, y se acercó a él, que comenzó a pensar que las cosas no siempre eran tan simples como parecían. Por ejemplo, aquella rubia no era corriente. Es claro que llevaba zapatos de tacón alto, pero aun así hay pocas mujeres que alcancen una estatura de casi metro ochenta. Y además, tenía un cuerpo de diosa, era algo fantástico: cintura esbelta, buenos pechos, caderas esbeltas pero apetitosas y sólidas. Vestía una ligera blusa azul y falda blanca hasta las rodillas, que permitía ver unas piernas magníficas.

Una Venus.

Lo mejor de lo mejor.

Vamos, que realmente la mujer aquella bien se merecía que él la violase en el coche, o donde fuese…

Por aquí discurrían los pensamientos del sueco Olegssen cuando la rubia hizo lo que había pensado hacer al salir del coche. Esto es, terminó de acercarse a él, y ya sin más explicaciones le clavó en plenos testículos un ferocísimo puntapié que dejó a Olegssen petrificado y pálido como la nieve. Un dolor sencillamente bestial penetró en su cuerpo hasta las más recónditas entrañas, provocando un frío espantoso y una paralización total de sus funciones vitales. Y así estaba Olegssen cuando la rubia le golpeó con la pistolita en la barbilla.

Olegssen puso los ojos en blanco, giró sobre sí mismo, y se desplomó de bruces, sangrando por la barbilla. La rubia se alzó un momento los lentes, lo miró, movió la cabeza como diciendo «¡cuánto inútil hay en el mundo!» y tras alzarse la falda volvió a sujetar a su muslo izquierdo la pistolita, utilizando una tira de esparadrapo color carne.

Regresó al volante del descapotable y entró con éste en el recinto de la villa.

Era un hermoso lugar.

Al fondo, por entre palmeras y pinos, se veía el refulgir del mar, en un tono azulgris que se diferenciaba del cielo azul de luminosidad centelleante. También por entre el arbolado se distinguía la casa, blanca y de tejado rojo, con persianas y toldos listados en colores alegres. Zambomba, qué bien se puede vivir. Y, en todo caso, ¡qué hermosa es la vida!

¿O no?

Bueno, depende.

Es verdad que hay que ser siempre positivo, y ver el lado bueno de las cosas, pero tampoco hay que andar de ciego diciendo que todo es bueno, porque por ejemplo, Olegssen no debía de pensar así en aquellos momentos. Ni tampoco debía de pensar que la vida es hermosa el señor presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, de quien, en círculos muy estrictos, se decía que padecía cáncer de colon, aunque eso no se sabría seguro-seguro hasta que le operasen y se hicieran los análisis pertinentes…

En el sendero de tierra apareció un hombre armado con un rifle, que apuntó a la rubia. Ésta detuvo el coche de nuevo.

—Hola —saludó—… ¡Buenos días!

—¿Quién es usted? —preguntó el sujeto.

—Me llamo Erika Wagner. Vengo en busca de trabajo. Un amigo me dijo que…

—¿Dónde está Olegssen?

—¿Quién es Olegssen? Ah… ¿Se refiere al tipo de la puerta? Lo he dejado tendido en el suelo de un puntapié en los testículos. Es un idiota.

—¿Sí? Bueno, guapa, baje del coche.

La rubia Erika hizo un gesto de resignación, y se apeó. El hombre la contempló entre admirado y desconfiado.

—Con que se ha quitado de delante a Olegssen de una patadita, ¿eh? Como si tal cosa, vamos.

—Así es.

—Eso no lo consigue usted ni en sueños, guapa. ¿Lleva armas?

—Qué horror, claro que no.

—¿Se está burlando de mí?

—Claro que sí: tiene usted cara de palurdo. Vamos a ver: ¿no es aquí donde están contratando personal de cierto nivel para servicios de seguridad?

—¿Viene usted a contratarse?

—Si no recuerdo mal, palurdo, acabo de decirle que vengo en busca de trabajo, así que…

—Colóquese de cara al coche, retroceda las piernas y ponga las manos sobre el capó, ya me entiende.

—Sí, le entiendo, pero…

—Haga lo que le digo.

La rubia asintió, dio la vuelta, puso las manos sobre el capó del automóvil, y retrocedió los pies, de modo que quedó en una postura evidentemente incómoda y hasta un poco humillante. El hombre se acercó a ella, le pasó una mano por la espalda, las nalgas y la parte posterior de las piernas, y luego, sin contemplaciones, le metió mano a los pechos, hurgando entre ellos… Claro, para hacer esto tuvo que acercarse más, y ése fue su error, que se sumó al de su entusiasmo por los encantos de la rubia. Ante tanta y tan hermosísima carne de primera calidad que tenía a su disposición el hombre perdió un poco la brújula, prestando más atención a los pechos de Erika que a la realidad de la situación.

Erika le dejó que metiera la mano entre sus pechos, pero entonces, con una rapidez y habilidad que dejó petrificado al sujeto, agarró el rifle, recuperó la vertical y con ella el equilibrio, y cuando el hombre iba a lanzar una exclamación le partió la boca de un codazo. El hombre gritó, Erika le arrancó el rifle de un tirón, lo volteó, y la culata golpeó en lo alto de la cabeza masculina, derribando aquella mole como si fuese una res sacrificada.

Tiró el rifle sobre el desvanecido y sangrante sujeto, volvió al coche, y continuó por el sendero hacia la casa.

Delante de ésta, en el amplio pórtico que sugería una película de multimillonarios americanos siempre de buen humor y dispuestos a

gozar de la vida a todo tren, había otros dos sujetos, ambos sentados en mecedoras pintadas de blanco que daban al ambiente una delicada nota de romanticismo *made in* Hollywood. Los dos contemplaban a Erika como si ésta fuese un fantasma.

—Hola —saludó ella, desde el coche—… ¿Es aquí donde contratan personas dóciles y de buen talante?

La mirada de los dos sujetos fue, como en un salto acrobático, hacia el sendero, y más allá, en busca de las verjas y de los dos hombres que, teóricamente, vigilaban aquella zona.

—¿De dónde sale usted? —masculló por fin uno de ellos.

—Gracias, muy amable —dijo Erika, apeándose.

—¿De qué demonios habla? —farfulló el hombre.

—¿No ha dicho usted «desmonte, forastero»? —se sorprendió Erika.

—¡Claro que no!

—Ah. Vaya, pues qué asco. Es que vengo cansada de la larga cabalgada por el desierto, y pensé que me habían ofrecido desmontar y un trago de *whisky*…, o aunque sólo fuese de agua. ¿No hay ningún botijo en este porche, hermano?

El hombre estaba pasmado. El otro se echó a reír, se puso en pie, y descendió del pórtico acercándose amablemente a Erika.

—Sea bien venida, forastera —dijo jocosamente—. Y perdone la rudeza de mi amigo. Es que hacía mucho tiempo que no pasaba por aquí ningún jinete.

—Lo comprendo —dijo Erika—. Esta ruta es bastante desértica, y hasta me han asegurado que hay indios.

—Algunos hay, en efecto —rió el hombre—. Pero hablemos en serio, si le parece bien: ¿no ha visto usted a Olegssen y a Cerkpoz?

—Si se refiere a dos bestias estúpidas así de grandes sí los he visto. Les he dicho que venía en busca de trabajo, y me han dejado pasar. Son unos chicos muy amables.

—No demasiado —replicó secamente el hombre—: debieron acompañarla.

—Oh, no era necesario, yo sola podía…

—No era por necesidad, sino por obligación. ¿Sabe?: es que nadie puede acercarse a la casa sin la… compañía de uno de ellos, de modo que si usted ha llegado es que algo raro ha ocurrido.

—Pues a mí no me parece raro, porque estoy viendo que en este

lugar sólo hay brutos inútiles —la pistolita apareció en la mano de Erika, apuntando al hombre a la cabeza—. Ponga las manos…

En el pórtico, el otro hombre contuvo apenas una exclamación, metió la mano derecha bajo la camisa y hacia la cintura…, y la rubia desvió rápidamente su mano armada y disparó.

Plof, chascó suavemente la pistolita…, que inmediatamente volvió a apuntar al otro a la frente, provocándole un respingo, pues el hombre había creído que podría sacar su propia pistola.

Mientras tanto, el otro había lanzado un grito al recibir el impacto de la pequeña bala en la mano derecha, que fue empujada contra su estómago, donde terminó de hundirse la bala apenas un par de centímetros. El sujeto alzó la mano, la miró sangrante y partida por la bala, vio la sangre chorreando, se miró la herida del estómago, y luego, estupefacto, a Erika, que terminó la frase que había quedado en suspenso:

—… sobre la cabeza.

El sujeto que se había acercado a ella obedeció. Erika le hizo gestos para que se volviera y caminara hacia la casa, y el hombre obedeció. Erika se acercó a él rápidamente, le golpeó con la pistola en la nuca, y el hombre se desplomó sobre los escalones del pórtico, que la rubia subió sin prisas y con exquisita elegancia, observada por el alucinado sujeto de la mano sangrante.

—Esto no es nada —dijo Erika, plantándose ante él—: se soluciona cortando la mano.

El hombre abrió mucho los ojos. Erika se llevó la mano izquierda al hombro derecho, como en inesperado saludo militar, la puso plana y tensa, y la lanzó hacia el cuello del sujeto, alcanzándole en un lado por debajo de la oreja izquierda. El hombre puso los ojos en blanco y cayó desvanecido.

Erika pasó por encima de él, llegó a la puerta, la empujó, y entró en la casa, haciendo un gesto aprobativo al ver el amplio vestíbulo ricamente amueblado y decorado, incluyendo hermosas plantas de interior sabiamente distribuidas.

De un vistazo Erika se situó.

A la derecha estaba la amplia escalinata que conducía al piso alto de la villa, destinado por supuesto a dormitorios. A la izquierda, y por debajo de la escalinata, el pasillo que conducía a la cocina y servicios. Había tres puertas: una a la derecha, amplia,

doble, que sin duda conducía al salón. Y dos a la izquierda, posiblemente una cerrando un despacho y otra quizás un comedor pequeño…

Unos pasos suaves atrajeron la atención de Erika Wagner hacia el pasillo de la izquierda, por el cual apareció un sujeto alto, delgado, con patillas frondosas y canosas y calvicie avanzadísima. Vestía un elegante atuendo blanco que sólo un mayordomo se atrevería a llevar. El hombre vio a Erika, y se quedó mirándola con gesto atónito. Con el índice de la mano izquierda la rubia le hizo un gesto para que se acercara, que el hombre acató, plantándose muy dignamente ante Erika, que preguntó:

—¿Quién es usted?

—El jefe de la casa, señorita. ¿Y usted?

—Erika Wagner. Busco trabajo.

—Entiendo. ¿Desea que la anuncie a la señora?

—¿Qué señora?

—Si usted busca trabajo solamente la señora decidirá si la acepta o no. Es extraño que la hayan dejado llegar hasta aquí sin anunciarla.

Erika, que mantenía la pistolita oculta con la palma de la mano, y ésta tras el cuerpo, sonrió encantadoramente.

—Pues anúncieme usted. ¿Dónde está la señora?

—En ese despacho —señaló el jefe de la casa—. Tenga la bondad de seguirme y la…

Era un hombre tan tonto como tantos y tantos hombres tontos que Erika había conocido en su vida, todos ellos convencidos de que una mujer es siempre fácil de controlar. Especialmente, con una pistola, la cual intentó sacar de debajo de su elegante uniforme el sujeto, con gesto displicente… Erika, que había visto de sobra el leve abultamiento del arma bajo la ropa, captó el gesto del mayordomo, y ni siquiera se lo tomó a mal. Simplemente, le dejo sacar la pistola, y entonces le agarró la muñeca con la mano izquierda, giró ante él dándole la espalda, y lo atrajo de modo que el hombre perdió el equilibrio sobre la espalda de la rubia.

Erika lanzó entonces su pierna derecha hacia atrás, por entre las del mayordomo, mientras encajaba la cadera derecha en el bajo vientre del desdichado y tiraba de su brazo derecho armado y se inclinaba hacia adelante… El mayordomo fue alzado por la cadera

y la pierna derecha, giró en el aire bajo los efectos del escalofriante *uchi mata* de judo, y cayó de espaldas sobre el durísimo piso reluciente, donde quedó sin resuello y como roto, desorbitados los ojos, desencajadas las facciones…

Erika recogió la pistola del elegante personaje, fue a la puerta señalada por aquél, la empujó, y se asomó al interior del despacho.

Sentada tras la mesa, una hermosa mujer morena de boca grande y sensual y bellísimos ojos oscuros, joven, elegante, de abundante cabellera negra, la contemplaba estupefacta.

—Buenos días —saludó amablemente Erika Wagner—… ¿Podría hablar unos minutos con usted, señora?

Capítulo III

—Ustedes son todos unos inútiles —insistió con fría ira la bella Sita Valdés—… ¡Unos inútiles farsantes! Ya están largándose de aquí inmediatamente. ¡No quiero verlos más!

Sentada en un sillón, con una copa de aperitivo helado en una mano, la rubia Erika Wagner contemplaba irónicamente a los cinco hombres que tenían que digerir la encolerizada reprimenda por parte de Sita Valdés. Allá estaban los infelices que se habían cruzado sucesivamente en el camino de la rubia Erika hasta llegar a su objetivo: Olegssen, el de las verjas; Cerkpoz, el del sendero; Hans y Ruthon, los del pórtico; y el impecable mayordomo, que al parecer se había roto un par de costillas con la caída debido a los tremendos efectos del *uchi mata*.

Ofrecían los cinco un aspecto en verdad deplorable, especialmente Hans, que era el de la herida de bala en la mano, y Cerkpoz, que llevaba la cabeza vendada y estaba lívido como un cadáver…

—¿Me permite usted unas palabras, señora? —solicitó Erika.

—Por supuesto, Erika. Hable usted.

—Me atrevo a sugerirle que no despida a estos hombres. Y le diré por qué. En primer lugar, porque lo que les ha ocurrido a ellos les ha ocurrido anteriormente a muchos hombres igualmente estúpidos que nunca aprendieron a tener en cuenta seriamente a las mujeres, así que no es que ellos sean especialmente inútiles, sino simplemente estúpidos, lo cual es muy corriente entre los hombres, ¿no está de acuerdo?

—Bueno… La verdad es que sí —casi sonrió Sita Valdés.

—Por lo tanto, si usted despide a estos zopencos tendrá que contratar a otros igualmente zopencos que los sustituyan, lo cual no me parece nada conveniente.

—¿Por qué no?

—Porque tontos por tontos ya tenemos a éstos, y siempre será mejor tenerlos aquí que despedirlos y que se enfaden con usted y puedan buscarle complicaciones para vengarse o simplemente para hacerle la puñeta. No estamos tratando con angelitos, ¿sabe usted? Son tontos, eso sí, pero tienen todos muy mala leche.

Narcisa Valdés estuvo unos segundos mirando fijamente a la rubia Erika, que bebió con gesto encantador otro sorbito de aperitivo. Luego, Sita parpadeó, miró todavía irritada a los cinco sujetos, y dijo:

—Puesto que ya cinco de sus compañeros que estaban en la zona de entrenamiento los han sustituido en sus zonas de vigilancia, vayan todos a curar sus descalabros. Se van a quedar conmigo, pero no admitiré otro fallo, ¿está esto bien entendido?

Los cinco sujetos farfullaron seguridades y disculpas, y abandonaron el despacho.

Narcisa Valdés fue a sentarse tras la mesa, y se quedó mirando con intrigada sonrisa a Erika.

—Lo que no me ha dicho usted es quién le facilitó la información para que localizara este lugar, y lo que estamos haciendo en él.

—Me sorprende usted, señora —pareció en efecto sorprendida Erika.

—¿Yo la sorprendo a usted? ¿Por qué?

—Porque estas cosas, simplemente, se saben, entre los de mi profesión. Son noticias que circulan. Mire, es como las emisoras de radio, que cada una de ellas tiene su propia onda de emisión, ¿comprende? Si usted desea estar al corriente de las catástrofes mundiales en todo momento, por ejemplo, sólo tiene que estar sintonizando continuamente la emisora en cuestión. Miles de personas no se enterarán nunca de las catástrofes que ocurren en el mundo, porque estarán sintonizando otras emisoras, otras ondas, de las que usted no tendrá noticias. No sé si me explico: yo estoy en la onda de estas cosas, así que me entero de todo lo que me conviene.

—Sí, la entiendo.

—Y además, usted no ha hecho de esto un gran secreto, ¿verdad? Le que quiero decir es que no lo ha publicado en los periódicos, pero está claro que si quería determinado personal tenía que lanzar la petición al «mercado» de los profesionales como yo.

—¿Realmente es usted una profesional de esto?

—¿Quiere decir de la mala uva y las armas? Pues sí. Le aseguro que no será la primera vez que me contrate de guardaespaldas. Y he hecho cosas bastante peores, de las que a veces preferiría no acordarme. Es que una se va haciendo mayor y de cuando en cuando la atacan los remordimientos, ¿sabe?

Sita Valdés sonrió apretando mucho los labios.

—La verdad es que no había pensado en ningún momento aceptar una mujer en este grupo —dijo.

—¿Por qué no?

—Simplemente, no pensé en ninguna mujer.

—Escuche, señora, para llegar hasta usted he tenido que dejar fuera de combate a cinco hombres, y aunque a usted le parezcan unos pobres inútiles no es realmente así. Lo que ocurre, por una parte, es que los hombres siempre creen que podrán con una mujer, y la mayoría de las veces incluso les sorprende que nosotras seamos capaces de hacer algo no sólo bien, sino mejor que ellos. Por otra parte, es bien es cierto que yo soy una mujer de lo más eficaz, y a su lado podría serle de mucha utilidad, precisamente por ser mujer. Conmigo estaría muy bien protegida, porque… ¿quién habría de pensar que una chica rubia podía matarlo en un segundo si se ponía molesto?

—La protección que estoy contratando no es para mí.

—¿No? ¿Para quién…? Bueno, ¿qué más da? Sea para quien sea yo puedo formar parte de esa protección con todas las garantías. Vamos, no me fastidie sólo por ser mujer. Maldita sea mi estampa, yo puedo hacer lo que haga cualquier hombre, y casi siempre mejor.

—¿Habla usted español?

—Estamos hablando en inglés, ¿no?

—Estamos hablando en inglés porque una de las condiciones para formar parte de la escolta es hablar inglés —asintió Sita—. Pero yo le he preguntado si habla español.

—No. Hablo alemán, inglés, francés, ruso, italiano, portugués, y un poco de chino y otro poco de japonés, pero no español.

Sita todavía titubeó unos segundos, antes de decir:

—Si se queda tendrá que someterse al entrenamiento mínimo de la escolta y aceptar la disciplina y normativas de ésta. Aunque eso

no creo que sea problema para usted. Pero sí hay una cosa que me preocupa: yo no estoy contratando un puñado de hombres para que luego se pongan a hacer el imbécil por una mujer, en lugar de estar atentos a su trabajo.

—No sé si la entiendo.

—Usted es una mujer muy bonita, y temo que si la acepto en el grupo tengamos complicaciones por su culpa…, o si lo prefiere por culpa de las tonterías que harán los hombres por usted. A veces se ponen muy pesados, y la culpa no es siempre de ellos.

—No he venido aquí a ligar, señora, sino a ganar dinero. Por lo tanto deje ese asunto en mis manos. Y a propósito: ¿cuánto paga usted?

—Si se queda cobrará mil dólares diarios limpios.

—Estupendo. Me gustaría quedarme, de verdad. Piense que en esa escolta personal yo puedo jugar como la carta oculta que siempre puede proporcionar el triunfo en alguna partida difícil o inesperada.

—Lo que no se puede negar —casi rió Sita Valdés— es que tiene usted un gran poder de persuasión. ¿Sería tan amable de quitarse las gafas?

Erika Wagner se quitó las gafas, dejando al descubierto unos espléndidos ojos maravillosamente azules que dejaron maravillada a Sita Valdés. La rubia era tan hermosa que, ciertamente, incluso resultaba comprometedora su presencia, Sin embargo, Erika había tenido razón en una cosa muy interesante: ella podía ser una buena jugada por sorpresa en un momento determinado.

—Está bien —aceptó por fin Narcisa—, la acepto…, siempre y cuando Osvaldo la apruebe mañana en su examen. Osvaldo es mi hombre de confianza, y el instructor general de la escolta. Sin embargo, señorita Wagner, hay una cosa que deberá usted tener siempre presente: pase lo que pase en cualquier momento y circunstancia las últimas órdenes las daré yo, siempre yo y únicamente yo. ¿Me ha comprendido?

—Llámeme Erika —sonrió la rubia—… ¿Cómo debo llamarla yo a usted?

—Señora, simplemente. O en todo caso, señora Buendía… Porque usted sabe muy bien quién soy y a quién va a proteger esa escolta personal que estoy contratando, ¿verdad?

—Yo sólo sé lo que usted quiera que sepa —sonrió de nuevo Erika.

—Me parece que llegaremos a entendernos —terminó por sonreír también la morena Sita Valdés—. De acuerdo, quédese, y si mañana por la mañana Osvaldo la aprueba en su examen, está aceptada. Pero recuerde esto, Erika: si por ser mujer provoca usted un solo incidente molesto que me haga temer que el grupo no va a funcionar como a mí me gusta, tendrá que marcharse.

—*Okay*. Este aperitivo es muy agradable. Gracias por invitarme…, pero es lo menos que podía usted hacer.

—¿Qué quiere decir?

Erika se puso en pie, dejó la copa sobre la mesa, y dijo:

—Cuando entré aquí pude matarla sin ninguna dificultad, ¿no es cierto? Y en lugar de eso le dije que era persona amiga, que usted me caía bien, y que quería contratarme en la escolta personal. ¿Eso no merece ser invitada a un aperitivo?

Sita Valdés se echó a reír. Erika sonrió de nuevo, dio la vuelta, y abandonó el despacho.

Afuera, esperándola, estaba Adolf Mann.

—De manera que tú eres la tal Erika Wagner.

Ésta terminó de cerrar la puerta del despacho, y se quedó mirando con indiferencia aquella montaña viviente. Adolf Mann medía exactamente dos metros de estatura, pesaba ciento veinte kilos todos ellos de músculo aparte la carne y la osamenta indispensable, y tenía unos hombros que parecían llegar desde Nueva York a Los Ángeles. Cabeza aquilina, facciones viriles, rasgos más bien duros, ojos grises y cabellos rubios. Era un pasmo de hombre.

—¿Y tú quién eres, fantoche? —preguntó a su vez Erika.

Una sonrisa de buen muchacho cándido apareció en el rostro del hombre-montaña.

—Soy Adolf Mann, el número uno de los componentes de la escolta contratados hasta ahora. Y seguiré siendo el número uno, venga quien venga.

Un destello irónico pasó por los azules ojos de la rubia.

—Nada menos que el número uno, ¿eh? —dijo festivamente.

—Nada menos. Y quiero que sepas una cosa: este asunto puede durar tiempo y darnos a ganar dinero a todos durante una buena

temporada, para poder resistir luego con el bolsillo bien lleno tiempos peores, ¿comprendes? De manera que si complicas las cosas de alguna manera yo haré que te arrepientas. ¿Me has entendido?

—Sí.

—Entonces sé bien venida —le tendió la mano Adolf Mann.

Erika miró la mano, de nuevo destellaron irónicamente sus ojos, y casi terminó por reír, mientras tendía también su mano. Tomó la de Adolf Mann la alzó por encima de su cabeza mientras la sujetaba también con la izquierda y quiso hacerla girar, retorciendo la muñeca, para obligar a Mann al salto que, en evitación de ver rota su muñeca, le llevaría de espaldas al suelo en durísimo batacazo.

Pero no.

Simplemente, Adolf Mann tensó los músculos de su antebrazo, y la señorita Wagner se llevó una de las grandes sorpresas de su vida, pues fue, en efecto, como pretender mover una montaña. Adolf Mann no se movió, y ella, con el impulso del giro, se llevó una buena sacudida de riñones, para volver a la posición inicial. Quiso retirar la mano entonces, pero Mann tenía otras ideas en su hermosa cabeza de águila: retuvo la mano femenina, y, despacio, fue apretando, sin alterarse en lo más mínimo…

El señor Mann también se llevó una sorpresa. Cualquier mujer y posiblemente muchísimos hombres habrían comenzado a gritar de dolor, y quizás habrían caído de rodillas ante el gigante, con la mano triturada… Erika Wagner la tensó, y, no poco sorprendido, Mann tuvo la sensación de que aquella mano de apariencia delicada y encantadora acababa de convertirse en piedra. Esto le hizo sonreír…, y apretar más. Sabía que Erika no podría sostener la presión ni la tensión por mucho tiempo, y que acabaría por ceder, incluso cayendo de rodillas ante él…

—Escucha, bestia enorme —susurró Erika—, si continúas apretando mi mano te voy a meter un patadón en tus partes masculinas que dejarás de ser masculino, ¿te enteras? O por lo menos voy a organizar aquí tal escándalo que a los dos nos expulsarán del grupo.

Adolf frunció el ceño. Luego, aflojó la presión, y Erika se apresuró a retirar su mano, mascullando:

—Eres una mala bestia. Ésta me la pagarás.

—Recuerda esto —la apuntó Adolf con un dedote que parecía un

poste de teléfonos—: dentro del grupo yo soy quien manda.

—¿Y eso por qué?

—Porque así lo he decidido yo, que soy el más inteligente y el más fuerte —sonrió la montaña—… Y el que tiene más mala leche, aunque no lo parezca. Vamos, te acompañaré al barracón.

—¿Qué barracón?

—Uno prefabricado que han montado en la parte de atrás de la casa para los mercenarios como nosotros. ¿O creías que te iban a alojar en la mansión de los amos?

—No había pensado en ello.

—Pues ya estás informada: mientras permanezcamos aquí terminando de reclutar la escolta estaremos alojados en el barracón…, a menos que a ti, por ser mujer, se te conceda un trato especial.

—¿Querrías hacerme un favor?

—Ya lo creo —sonrió Adolf—. Precisamente ahora no debe de haber nadie en el barracón, así que podremos hacer el amor tranquilamente. Me gustas. No vamos a engañarnos, ¿verdad?: ¡estás muy buena, Erika!

—El favor que quiero pedirte es que si en algún momento puedes reunir a todos en el barracón me gustaría dirigirles la palabra.

—Nunca estamos todos en el barracón, porque siempre hay un grupo de diez hombres vigilando todo el perímetro de la villa.

—Bueno, pues los reúnes a todos menos esos diez, y ellos ya se enterarán de lo que quiero deciros.

—¿Quieres decirnos algo? Vaya, espero que se trate de algo muy interesante… Después de almorzar Osvaldo va a la casa, donde todos creemos que echa la siesta, y quedamos solos durante un par de horas. ¿Te parece bien que nos reunamos a esa hora en el barracón?

—Me parece muy bien —sonrió Erika.

* * *

El barracón era amplio, con capacidad para cuarenta personas en otras tantas literas, cuarenta taquillas, y un amplio servicio de aseos colectivos con media docena de duchas. Por tratarse evidentemente

de una instalación temporal y provisional había que admitir que casi resultaba confortable. Estaba ubicado en el límite de un grupo de pinos de alta, amplia y frondosa copa que proporcionaban sombra y frescor, a unos ciento cincuenta metros de la casa y detrás de ésta, de modo que desde la puerta se veía perfectamente la zona de la piscina. Precisamente procedente de esa zona llegaba la recién incorporada Erika Wagner, cuya desenvoltura, casi desfachatez, tenía entre maravillados y mosqueados a la caterva de peligrosos sujetos que iban componiendo la escolta personal.

Uno de éstos, reunido como los demás en el barracón, fue quien avisó de la llegada de Erika procedente de la piscina, y varios se agolparon en la puerta para verla. Erika había estado nadando, evidentemente, y regresaba al barracón con el cuerpo húmedo, en bikini, y con una toalla al cuello…

—Está para morirse —susurró Luycks, el canadiense.

—Querrás decir para matarla a polvos —rió Jurgens.

—Sí, eso he querido decir.

Cuando Erika Wagner entró en el barracón reinaba en éste un silencio increíble. La rubia entró un poco deslumbrada por el sol, vio la masa de hombres, distinguió en primera fila a Adolf Mann, y sonrió.

—Ah, ¿qué tal? Gracias por reunirlos, cariño.

—Todos estamos impacientes por saber qué quieres decirnos.

—De acuerdo. Como ya debéis de saber, he ocupado una de las taquillas de este barracón, ya que, según parece, la señora no tiene intención de proporcionarme otro alojamiento. Así pues, durante unos cuantos días no vamos a tener más remedio que convivir juntos aquí. Yo procuraré no molestar a nadie, pero quiero que quede bien clara una cosa: tenéis que olvidar que soy una mujer.

Diciendo esto, Erika Wagner se quitó las dos piezas del bikini, quedando completamente desnuda y procediendo a terminar de secarse con la toalla. El espectáculo era de tal belleza que los hombres permanecieron en silencio, sobrecogidos.

Ella les sonrió simpáticamente, y explicó:

—No me he quedado desnuda para provocaros, sino todo lo contrario: por si ninguno de vosotros había visto a una mujer parcial o completamente desnuda, aquí me tenéis; miradme bien, a vuestra satisfacción, para que en lo sucesivo no andéis espiándome

cuando vaya a los lavabos o me cambie de ropa. Contempladme a vuestro gusto, sabed cómo soy, y acto seguido, insisto, olvidad que soy una mujer. ¿Me habéis visto bien?

—Me parece —dijo Adolf Mann— que a todos nos gustaría que te dieses una vuelta, para que pudiéramos contemplarte desde todos los ángulos.

—Cómo no, cariños.

Erika Wagner dio la vuelta sobre sí misma, lentamente, ofreciendo todos los ángulos de belleza de su bellísimo cuerpo espléndido, dorado, turgente, absolutamente sensacional. No se oía ni siquiera una respiración. Ella terminó de secarse, se colocó la toalla a la cintura como una hawaiana, y dijo, con voz sin entonación especial:

—Esto es todo. A partir de ahora, si alguno de vosotros me molesta o con sus tonterías da lugar a que la señora me expulse del grupo para no tener complicaciones…, lo mataré. ¿Está claro? Gracias por su atención, caballeros.

Se fue a su taquilla, sacó cigarrillos, encendió uno, y se tendió en la litera dispuesta a fumárselo tranquilamente.

Si alguien no se daba por advertido, allá él.

Capítulo IV

Cuarenta y ocho horas más tarde Erika Wagner se había ganado el respeto de todos los hombres que componían la escolta personal, incluidos los cuatro que habían llegado durante ese tiempo. El total de hombres era ya de treinta y siete exactamente, y aquella tarde Osvaldo avisó a todos de que estuvieran preparados para la marcha, pues la señora había decidido que abandonarían el lugar cuando el total de guardaespaldas alcanzase el número de cuarenta.

Mientras tanto, incluso el hombre-montaña, Adolf Mann, había tenido que aceptar la evidencia de que la guapísima rubia llamada Erika no era, de ninguna manera, una mujer que pudiera llamarse «normal». Aparte de su llegada demoledora dos días antes poniendo fuera de combate a cinco hombres, Erika Wagner dio todo un recital de habilidad y mala leche durante los entrenamientos que más bien eran esquemas de comportamiento de la escolta para cuando llegase el momento de cumplir su cometido, esto es, escoltar y proteger al personaje que sería la causa de su contrato… La señorita Wagner ofreció, ciertamente, un recital y un espectáculo: alcanzó puntuaciones increíbles en el tiro a pistola y con rifle, en lucha cuerpo a cuerpo, en conducción de automóviles efectuando maniobras de fuga y de ocultación, en la resolución de tests psicológicos, en natación, en amplitud cultural, en idiomas, en recursos técnicos…

—No es una mujer —le dijo Osvaldo a Sita Valdés aquella noche, a la hora de la cena—: es una máquina. Ha conseguido que esa pandilla de bestias la respeten, y hasta que desvíen la mirada si ella se ha de cambiar de ropa… Y lo más sorprendente es que ha conseguido que el grupo se sienta verdaderamente unido y mentalizado para su cometido, que se convenzan todos a sí mismos de que van a luchar por una causa común que debe mantenerlos unidos en gran compañerismo.

—Eso me complace de modo especial —murmuró Sita Valdés—. Pero… ¿no te parece que ella es demasiado perfecta, Osvaldo?

—¿Demasiado? ¿Qué quiere decir?

—No sé… No es normal encontrar una mujer así.

—No, no lo es —admitió Osvaldo, pensativo—… Pero si la hemos encontrado creo que debemos conservarla, señora. No sólo es eficaz, sino que ha proporcionado un gran espíritu al grupo. Le aseguro que gracias a ese espíritu el señor presidente estará mejor protegido que nunca.

—Está bien. ¿Sabemos algo del coronel Arteaga?

Osvaldo Méndez no pudo evitar mostrar su sorpresa.

—Señora, es usted quien puede saber algo del coronel Arteaga, ya que convino con éste que él la llamaría aquí por línea telefónica normal cuando fuese necesario.

—Sí, ya sé, pero como no ha llamado en tantos días, pensé… que quizá tú habías recibido algún mensaje suyo por otro conducto.

—¡Claro que no! —exclamó Osvaldo—. Todo lo que hago yo aquí es entrenar, o mejor dicho supervisar a esa pandilla de asesinos, pues le aseguro que no necesitan entrenamiento. ¡Pandilla de…!

—¿Significa eso que con esos hombres podremos formar un círculo indestructible en torno a Máximo?

—Señora, para acercarse al señor presidente teniendo esos hombres como escolta haría falta utilizar cañones, y no creo que eso sea fácil para ningún agresor.

—De acuerdo —sonrió Sita—. Bien, sólo falta que llame Plácido…, el coronel Arteaga, quiero decir. Seguramente en un par de días más como máximo tendremos ya completa la escolta programada, y no quisiera quedarme más tiempo lejos de Máximo si ya tengo los hombres que en el futuro han de proteger su vida… Terminemos de cenar.

—Cuando llame el coronel Arteaga establezcan una contraseña, que facilitaremos al personal de vigilancia para que lo dejen pasar. Esta gente que estamos contratando no conocen al coronel, y no tendría ninguna gracia que lo matasen.

—No —murmuró Sita Valdés, palideciendo—… No tendría ninguna gracia, es cierto. Le diré a Plácido lo de la contraseña.

* * *

—¡Alto! ¿Quién vive?

Erika Wagner, que paseaba a la luz de la luna por la linde del bosquecillo de pinos, se detuvo en seco, informando rápidamente:

—Soy Erika. ¿Eres tú, Adolf?

La brasa de un cigarrillo refulgió en la oscuridad, iluminando brevemente el viril rostro de Adolf Mann. Erika pudo verlo entonces bien: el gigante estaba sentado en el suelo, apoyado de espaldas en el tronco de un pino. Ella se acercó, lentamente, y él dijo:

—Has reconocido muy pronto mi voz.

—Tengo muy buen oído. ¿Qué haces aquí?

—Ya ves, he salido a respirar aire puro y a contemplar la Luna. ¿Te gusta la Luna?

—Más o menos como a ti —rió quedamente Erika—… Yo también he salido a respirar un poco de aire puro antes de acostarme. Debería estar prohibido fumar en el barracón.

—Prohíbelo tú, y todos te obedecerán.

—A lo mejor sí —Erika se sentó junto a Adolf, sonriendo—. No sabía que estabas de turno de vigilancia.

—Y no lo estoy.

—Entonces ¿a qué ha venido eso de «¿quién vive?»?

—Ha sido una broma.

—Ah. Vaya, de modo que te gustan las bromas.

—¿Por qué no? ¿Quieres un cigarrillo?

—Bueno.

Mann encendió un cigarrillo con la brasa del que estaba fumando, y se lo tendió a Erika, que murmuró un gracias.

Iba a añadir algo más cuando por detrás de ambos sonó la bronca voz de un hombre:

—Quietos ahí. Si os movéis un milímetro… ¿Eres tú, Erika?

—Así es, Donnegan —asintió la rubia—. Adolf y yo hemos salido a fumar un cigarrillo. Todo está bien, no te preocupes.

—De acuerdo. Hasta luego. Adiós, Mann.

—Sigue vigilando —dijo éste—. No hay que perder la disciplina.

Se oyó por detrás de ellos el rumor de Donnegan alejándose. Erika esperó a que se restableciera el silencio antes de decir:

—Me ha dado la impresión de que te has pitorreado un poco de

nuestro compañero.

—¿Compañero? Vamos, Erika, déjate de romanticismos: no somos más que una manada de perros destinados a proteger la vida de un tigre rabioso. No hagas de esto un poema.

—¿De qué estás hablando? ¿A qué tigre rabioso te refieres?

—A Máximo Buendía. Y no me vengas con el cuento de que no sabes quién es y todo eso. Sabes muy bien que la señora es su esposa, y sabes todavía mejor lo que se espera de nosotros. ¿De acuerdo?

—¿Por qué lo has llamado tigre rabioso?

—Rabioso y sarnoso. No me hace nada de gracia luchar por un tipo semejante, pero mil dólares diarios disipan los escrúpulos de gente como nosotros.

—Me parece que no te gusta mucho el presidente Buendía.

—Es un criminal, y de los grandes. No como nosotros, que nos jugamos la vida por unos cuantos dólares. Él no se juega nada, siempre va sobre seguro, y te aseguro que las cosas que hacemos nosotros son de risa comparadas con las que hace él.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Quizá tú vivas en una torre de marfil, o en tu ambiente se haya montado la cosa de modo que los chismes referentes al general Buendía no lleguen a tus oídos, pero yo he estado últimamente dando vueltas por Suramérica y por Panamá, y he oído muchas cosas de Máximo Buendía. Es un maldito criminal de guerra que se las da de apóstol salvador de su pueblo. Es un maldito borde que tendría que estar en el infierno.

—Me parece que si te oyera la señora ni te acercarías a Salvatierra. Y la verdad, por como hablas yo diría que no eres la persona más indicada para formar parte de una escolta personal de Máximo Buendía.

—Claro que sí —se sorprendió Mann—. A mí me pagan por hacer una cosa, y la hago. Por mil dólares diarios me jugaré una vez más la vida para cumplir mi contrato. Te aseguro que defenderé la vida de ese hijoputa con la mía…, pero nadie va a impedirme que me dé el gustazo de decir que es un malnacido. Aunque quizá me estoy complicando la vida hablando así contigo…

—Queda tranquilo, que no pienso comentar con nadie esta conversación. Pero dime: ¿qué sabes de Buendía para hablar de él

de modo tan venenoso?

—¿Quieres que te cuente la última cosa que oí de él?

—Me encanta charlar mientras fumo tranquilamente un cigarrillo… Charlar y escuchar, se entiende. Lo que no me gusta nada es que me cuenten fantasías, Adolf.

—Al demonio contigo. Yo te cuento lo que oí, y tú te lo crees o no te lo crees, a tu gusto. Pero te aseguro que yo, que he oído muchas cosas de esa bestia negra, sí me lo creo. Sucedió en una aldea de Salvatierra, cerca de la playa en la costa del Caribe…

Hacía poco que había oscurecido cuando aparecieron los dos camiones cargados de soldados, al frente de los cuales, dentro de un automóvil negro, iban un oficial y dos suboficiales del Ejército de Salvatierra. Los tres vehículos se detuvieron en la pequeña placita del centro de la aldea, y los soldados saltaron inmediatamente a tierra, se distribuyeron por todas las casas, y, en menos de un minuto, a culatazos y puntapiés sacaron a la plaza a todos los habitantes de la aldea, algunos prácticamente desnudos.

Entonces, el oficial y los dos suboficiales salieron del automóvil, y se encararon con el grupo de asustadas personas.

—¡A ver! —Ladró el oficial—. ¿Quién es el que tiene el mando aquí?

—Soy yo, señor —se adelantó un hombre que sólo llevaba puestos los pantalones del pijama—. Me llamo Nemesio Orozco, pa servirle.

—¡Júralo que vas a servirme, cabrón! Ya me estáis recogiendo todo el oro que haya en este cochino lugar, y me lo entregáis ahorita mismo.

—¿Oro…? ¡Pero nosotros no tenemos oro, señor!

—¡Sí que tenéis oro! ¡Venga, recoged todos los anillos, pulseras, medallas y todo eso…! ¡Deprisa!

—Pero señor…

—¿Te quieres callar, puerco?

Diciendo esto, el oficial sacó su pistola, apuntó al hombre llamado Nemesio Orozco, y le metió dos balas en el pecho escuálido, reventándolo talmente como si hubieran disparado con un cañón contra un melón. Nemesio Orozco no tuvo fuerzas ni para gritar: saltó como un pelele bajo el impulso de un huracán, salpicando sangre a todos lados, y cayó de espaldas y de cabeza,

quedando allá como la cosa más frágil y más muerta del mundo, ante los aterrados ojos de sus convecinos.

—¡Ya vieron lo que le pasó al traidor que quiso engañar a la patria! —gritó el oficial—. ¡Venga, ya nos están entregando todos ustedes el oro que tengan en la forma que sea! ¡Y no se las den de listos, que acá tenemos plomo para el que no nos dé oro!

Los suboficiales rieron.

Los soldados rieron.

Las gentes del lugar recogieron sus insignificantes joyas, que en conjunto no habrían servido ni para comprar, un automóvil de desecho, y se las entregaron al oficial dentro de un sombrero.

—Aquí tiene, señor. Esto es todo lo que tenemos…

—¡Mentira! ¡Sí que tenéis mucho más oro escondido, y que no queréis entregarlo para la buena causa de nuestro general Buendía, que quiere convertir el país en un sitio civilizado del mundo! ¡Pero ya que estáis contra la patria, yo os enseñaré lo que se hace con vosotros en nombre de nuestro gran general Máximo Buendía! ¡A ver! ¡Las mujeres allá, los hombres acá! ¡Vamos, muévanse todos de prisa…!

El asustado rebaño formado por un total de casi ochenta personas obedeció las nuevas órdenes: las mujeres allá, los hombres acá. Entonces, a una orden del oficial, los soldados fusilaron bestialmente a todos los hombres, acribillándolos hasta que del montón de carne desgarrada y todavía palpitante no brotó ni siquiera un solo gemido de agonía, un solo suspiro, un solo aliento.

Acto seguido, todas las mujeres de la aldea fueron violadas una y otra vez durante toda la noche, mientras los pocos niños permanecían encerrados en uno de los corrales con techado. Cerca del amanecer, la aldea parecía un estercolero con restos de comida, botellas vacías, y defecaciones de los soldados.

Algunas de las mujeres más jóvenes, entre ellas dos de once años, habían fallecido víctimas de la espantosa brutalidad de la tropa. Pero incluso estos dos cadáveres fueron encerrados luego en los corrales, con los niños y el resto de las maltratadas mujeres.

Antes de marcharse, el oficial ordenó que los corrales fuesen incendiados.

—¿Quieres decir… con los niños y las mujeres dentro? —Casi gritó Erika Wagner cuando Adolf Mann terminó de hablar.

—Naturalmente.

—Pero… eso no puede ser… ¡Me estás mintiendo!

—¿Con qué propósito?

—Eso pregunto yo: ¿con qué propósito haría un pelotón de soldados una cosa así? ¡Y mucho menos por órdenes de Máximo Buendía!

—Eres encantadora —sonrió mordazmente Adolf Mann—. Te lo voy a explicar, aunque no tendría que ser necesario. A ver si lo entiendes: en cuanto se supo lo ocurrido en la aldea en cuestión el general Buendía dijo que eso había sido obra de los guerrilleros de la oposición, organizó una cacería tremenda de ellos por todos los llanos, vaguadas y montañas, y todo el pueblo, soliviantado, le ayudó en la cacería de guerrilleros patrióticos… En una semana no quedó ni un solo guerrillero en Salvatierra, así que el general Buendía ya no tuvo que preocuparse por revueltas, sabotajes ni enfriamientos de ninguna clase con nadie más. Cariño, simplemente, él hizo su propia jugada para ponerse al pueblo de su lado, y el pueblo cayó en la trampa. De modo que consiguió dos objetivos: uno, el de ganarse al pueblo; dos eliminar a los guerrilleros que andaban fastidiando su mandato y soliviantando a la gente… Y no me digas que la jugada no te parece clara.

—Pero es una atrocidad.

—Me parece que esta noche no vas a dormir bien. Y todo por mi culpa —el tono de Adolf no podía ser más irónico—: a las niñas no hay que contarles cuentos de miedo antes de que se vayan a la cama.

Capítulo V

A media mañana apareció el helicóptero en cuyo fuselaje constaba el nombre de una empresa de Miami dedicada al alquiler de vehículos de toda clase. Todos los componentes de la escolta personal de Máximo Buendía habían sido advertidos de la llegada del aparato, de modo que cuando sus ocupantes se apearon no hubo necesidad de contraseñas. Esto aparte, Narcisa Valdés había salido de la casa en cuanto se oyó el aparato, y recibió personalmente a los tres hombres recién llegados.

Desde lejos, por entre los pinos, Erika Wagner estuvo observando a los tres hombres con unos pequeños gemelos. Dos de ellos eran de mediana edad, fuertes, macizos, con cara de perro de presa, y, pese a que vestían vulgarmente de paisano, sus modales y el más nimio de sus gestos los delataban sin lugar a la menor duda como militares, por supuesto de graduación baja; no más allá de sargentos.

El otro personaje era bien diferente. Debía de tener poco más de treinta años, era alto, atlético, y aparecía muy elegante y apuesto con su ropa de paisano; si era militar (que Erika habría jurado que sí lo era) pertenecía a una escuela bien diferente a la de los dos sargentos. Era muy atractivo bronceado, y cuando sonrió sus dientes parecieron de nieve. Había hecho una impecable inclinación de cabeza a Sita Valdés, pero ésta, impulsivamente, le tendió la mano, que él tomó y besó. Erika Wagner captó perfectamente en el rostro de Sita Valdés una tensión emocional que le pareció absolutamente reveladora…

—De manera que eres una espía.

La voz de Adolf Mann sonó detrás de Erika, que respingó, y se volvió a mirarlo vivamente.

—¡No te he oído llegar! —exclamó.

—Eso prueba que estabas muy concentrada en tu actividad de

espía. Déjame los prismáticos.

—Son sólo unos pequeños gemelos de teatro…

Mann los exigió con un gesto, y se puso a mirar hacia el lugar donde se habían reunido Sita Valdés y los recién llegados.

Erika Wagner miraba con renovado interés a Adolf. No era fácil acercarse a ella sin que su finísimo oído captase la aproximación de quienquiera que fuese. El hecho de que Mann lo hubiera conseguido decía mucho en su favor…

—De manera que ése es el famoso coronel Arteaga —murmuró Adolf—… Es un sujeto guapo, ¿verdad?

—¿A cuál de los tres te refieres? —preguntó Erika.

Adolf le devolvió los prismáticos, riendo, y ella sonrió. Lo cierto era que no resultaba fácil que uno pudiera engañar al otro.

—¿Qué tal has dormido esta noche? —se interesó él.

—Perfectamente. ¿Qué sabes del coronel Arteaga?

—Erika, tú y yo somos alemanes, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—Pues hagamos una cosa: respetémonos, cumplamos cada uno nuestro trabajo, pero no convirtamos esto en un juego simpático… e hipócrita. Quiero decir que yo respetaré tu juego… siempre y cuando no pretendas manejarme como a un tonto, ni con falsa camaradería ni ofreciéndome tu sexo. ¿Está claro?

—Sí.

—Bien. Osvaldo me ha enviado a ver por dónde andabas y qué hacías mientras los demás estamos recibiendo la instrucción machacona sobre nuestro cometido. ¿Qué le digo?

—Dile que no me encontraba bien y que he ido a tenderme un rato en mi litera.

—Pues sería conveniente que si él se interesa personalmente por ti te encuentre en el barracón.

Erika asintió, y volvió a mirar hacia los personajes centrales de asunto, que caminaban ahora hacia la casa. Osvaldo había aparecido por un lado de ésta, y acudió a saludar a los tres recién llegados. Erika oyó alejarse sigilosamente a Adolf Mann, y ella esperó el momento oportuno para dirigirse hacia el barracón. Cuando llegó a éste, Osvaldo había regresado a la parte de la villa donde estaban todos los hombres de la escolta menos los de vigilancia, y Sita Valdés y los tres hombres habían entrado en la

casa.

Frente a ésta, cerca de los primeros pinos del jardín, estaba el helicóptero, reluciendo al sol.

Erika entró en el barracón, y fue a tenderse sobre su litera.

Era una mañana quieta, de sol intenso y apacible. Insensiblemente, mientras miles de pensamientos cruzaban por su mente, Erika Wagner se fue quedando adormilada. Y de repente abrió los ojos completamente, mientras su cuerpo se tensaba, y toda ella regresaba a la vigilia más absoluta. El rumor que había llegado a su consciencia adormilada se concretó: estaba oyendo una voz. Estuvo a punto de incorporarse, pero supo contenerse y permanecer echada. La voz que había oído, apagada, espesa, era de hombre. Ahora oyó la de Sita Valdés, también apagada, palpitante de emoción:

—Sí, sí, mi amor… Aquí y ahora mismo… ¡Oh, cuánto lo he estado deseando!

—Sita, si viene alguno de esos mercenarios…

—No. Nadie viene aquí hasta las doce y media, antes de ir a la cocina por la parte de atrás de la casa para almorzar allí…

Estaban hablando en español, idioma que, ciertamente, Erika entendía a la perfección. Luego todo quedó en silencio, pero al poco se oyó el suspiro, y luego un jadeo. Erika se incorporó cuidadosamente en la litera, y vio a los dos protagonistas de la escena: Sita Valdés y el tal coronel Arteaga… Estaban abrazados, besándose apasionadamente, y mientras Sita acariciaba la masculinidad del apuesto Arteaga éste apretaba los pechos femeninos por encima de la ropa.

Fue Sita la que rompió el beso, y Erika oyó su voz como de fuego:

—Por favor, Plácido…

En un instante, Sita Valdés se quitó la ropa, y se tendió en una litera. El coronel Plácido Arteaga se quitó los pantalones, se deslizó entre los muslos de la hermosa morena, y la penetró… Erika Wagner sintió un estremecimiento cuando oyó el suspiro de grandísimo placer de Sita Valdés, la amante esposa del presidente Máximo Buendía.

Se tendió de nuevo en la litera. No podía evitar oír, pero no quería ver más. Durante más de veinte minutos estuvo oyendo sólo

murmullos, suspiros, jadeos y gemidos. No cabía duda de que Narcisa y Plácido se estaban tomando su buena parte del placer de la vida, sin consideración alguna hacia Máximo Buendía.

Por fin, entre los suspiros, Erika pudo oír la voz de Sita con claridad:

—Ahora sí que tenemos que marcharnos, mi amor…

—Sita, no nos engañemos: aunque hayamos venido aquí para que los de la casa no nos vean, ellos tienen que saber lo que estamos haciendo tanto rato aquí dentro los dos solos. Y cualquiera de esas personas puede decírselo a él.

—Todos me son fieles.

—Ojalá sea cierto. Pero será mejor que nos vistamos y sigamos recorriendo la villa.

—Plácido, esta noche, cuando todos duerman, quiero que vengas a mi cama…

—Hemos debido esperar hasta entonces, Sita.

—No podía —la voz de Sita Valdés era como fuego—… ¡No podía esperar más tiempo a tenerte, y menos aún teniéndote ante mí!

Se oyeron algunos besos, roce de pieles, quedas risas de hembra satisfecha… Desde su litera, Erika Wagner estuvo asistiendo, silenciosa e inmóvil, a todo el proceso.

Finalmente, los dos apasionados enamorados abandonaron el barracón.

* * *

Erika entró en el despacho, cerrando la puerta tras ella. Sentada tras la mesa estaba Sita Valdés. De pie a un lado, apuesto y muy serio, escrutando con sus negros ojos inteligentes a la rubia Erika, se hallaba el coronel Plácido Arteaga, impresionantemente atractivo.

—¿Me ha mandado llamar, señora? —inquirió Erika.

—Sí. ¿Se encuentra mejor?

—¿Mejor? —Alzó las cejas Erika, con perplejidad.

—Esta mañana estuve mostrándole el lugar al coronel Arteaga, y naturalmente fuimos a donde Osvaldo los instruye a ustedes sobre su cometido y les informa de las costumbres de mi marido y les muestra planos del Palacio Presidencial, para que puedan

custodiarlo adecuadamente… Usted no estaba allí, Erika. Me dijeron que estaba un poco indispuesta. Y debía de ser cierto, porque Plácido y yo estuvimos paseando por todo el recinto y no la vimos en parte alguna.

—Le agradezco su interés, señora —sonrió Erika—. Ya me encuentro perfectamente, no se preocupe.

—Nosotros —intervino Arteaga, en muy buen inglés— hemos estado haciendo deducciones, y hemos llegado a la conclusión de que usted, en efecto, sólo podía estar en el barracón de la escolta.

—Ah, por supuesto. Estuve allí hasta la hora del almuerzo, durmiendo. Me eché en mi litera, y me quedé dormida.

Sita y Plácido se quedaron mirándola fijamente. Erika no pudo contener una sonrisa. Sita palideció. Arteaga frunció el ceño.

—Usted nos vio —murmuró—. Y por supuesto nos oyó.

—No deben preocuparse —dijo Erika—. No entiendo el español, de modo que no pude enterarme de nada. Salvo de que hacían el amor, que eso no necesita idiomas de ninguna clase.

—No me gusta que usted nos haya espiado —dijo fríamente Narcisa.

—Yo no he espiado a nadie, señora. Mire, yo estaba durmiendo, y me desperté al sonar sus voces. Cuando los pude ver en una litera ya estaban haciendo el amor, y me pareció que lo más discreto por mi parte era quedarme quieta y callada y esperar que se marcharan.

—¿Ha comentado esto con alguno de sus compañeros del grupo? —preguntó Arteaga.

—Claro que no, ¡qué tontería! Escuchen, ustedes evidentemente se aman, y le ponen cuernos al presidente de Salvatierra, pero a mí me han contratado para defender su vida, no su honor.

—¿Podemos contar con su discreción, entonces?

—Naturalmente.

—Yo sabré corresponder a ella —aseguró Sita Valdés—. Tendrá usted muchos privilegios cuando lleguemos a palacio, Erika.

—Me conformo con un simpático regalo de despedida cuando llegue el momento… sin que se le haya ocurrido encargar a nadie que me mate. Es que tengo muy malas pulgas, ¿sabe, señora?

—Nadie ha pensado en matarla, Erika —intervino de nuevo Arteaga—. Sólo queríamos asegurarnos su discreción y su fidelidad. No se arrepentirá de ambas cosas.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Usted no conoce a mi marido, ¿verdad? —deslizó Sita.

—No tengo el gusto.

—¿El gusto? —Sita Valdés soltó una agria carcajada—. ¡Querrá decir el disgusto! Dios mío, es un hombre… un hombre… abominable… Es malvado y ruin, es perverso y cruel, es… es…

—La verdad es que he oído contar algunas cosas del general Buendía —comenzó a sonsacar Erika—, pero creí que eran habladurías y chismes de enemigos de su marido.

—¿Qué ha oído usted contar de él? —preguntó Arteaga.

—Bueno… Por ejemplo lo de la aldea a la que unos soldados y tres mandos fueron a buscar el oro que…

—Ya, ya. Sí, historias como ésa hay muchas, pero nosotros conocemos historias que poquísimas personas conocen. Por ejemplo: ¿sabe usted algo del asunto del convoy de auxilio a Nicaragua?

—¿A cuál se de ellos se refiere?

—Al más importante de ellos. Estamos hablando de hace dos años, cuando Nicaragua padeció aquella gran catástrofe que impulsó al mundo entero a enviar ayuda de toda clase. ¿La recuerda?

—Por supuesto.

—Sí, claro que la recuerda, pero usted no sabe la verdad, como la sé yo —dijo Sita—… Fue algo espantoso y criminal. Ni siquiera yo pude evitarlo. A él se le había metido en la cabeza hacerlo, ¡y vaya si lo hizo! Verá, la noche anterior estábamos Máximo y yo en nuestro dormitorio, preparándonos para acostarnos, cuando él se echó a reír…

—¿De qué te ríes? —Preguntó Sita.

De pie ante el colgador donde iba colocando ordenadamente sus ropas, el general y presidente de Salvatierra, Máximo Buendía, se volvió a mirarla. Ella estaba casi desnuda entonces, y un destello lúbrico apareció en los oscuros ojos acuosos del presidente.

—Soy feliz, Sita —aseguró Máximo.

—Me alegro —sonrió ella—… ¿Te ríes por eso?

—Tengo motivos para reírme por eso, ¿no te parece? —Máximo se acercó a su esposa, terminó de desnudarla, y le besó los pechos, el cuello, los hombros—… Tengo la esposa más bella y apasionada

del mundo, y tanto poder que un hombre como yo no necesita más. Sin embargo…

Volvió a reír…, mientras su mano grande, basta y torpe agarraba groseramente el vello sexual de su esposa, que intentó retroceder. Pero Máximo apretó más sus dedos, y dio un tirón que resultó incluso cruel. Sita lanzó un mal contenido grito de dolor, y con sus manos intentó desprender la de Máximo agarrando su vello.

—Por favor —suplicó—…, ¡me estás haciendo daño, Máximo!

—Debería gustarte que un hombre como yo, tan poderoso, incluso te hiciera daño. A fin de cuentas esto significa que te concedo mi tiempo, mi atención, ¿no es así? ¡Y no me gusta que te muestres esquiva!

—No me muestro esquiva, cariño… Es que me estás lastimando, de verdad.

—Te estoy lastimando —de nuevo Máximo se echó a reír—… ¿Pues qué dirías si viajases en esos cargueros?

—¿Qué cargueros?

—Me refiero a esos barcos de carga que están navegando hacia Nicaragua, cargados de provisiones, medicamentos y muchas otras cosas destinadas a auxiliar la apurada situación de Nicaragua.

—Hay muchos barcos que en estos momentos están navegando hacia Nicaragua llevando ayuda diversa.

—Yo me refiero a esos tres que ha enviado Cuba, y que esta noche estarán navegando entre las islas del Maíz y la de San Andrés. Esos malditos traidores vendidos al comunismo se van a llevar una buena lección. Pero no sabrán que soy yo quien les da la lección, y eso me fastidia en parte. Aunque no puedo precisamente alardear de esa lección.

—Máximo, no entiendo nada de lo que estás diciendo.

—Les voy a dar una lección a los cubanos. Y a Nicaragua. Y a Costa Rica. Especialmente, a Cuba y a Costa Rica, ya que Nicaragua es solamente el elemento que me permite hacer la jugada. Si no fuese por Nicaragua este plan no sería posible.

—Sigo sin comprenderte.

—Pues te lo diré bien claro, amada mía; esta madrugada, unas lanchas torpederas nuestras, del mismo modelo que las de Costa Rica, atacarán esos cargueros cubanos y los hundirán…

—¡Máximo!

—Dime, alma mía.

—¡No puedes hacen, eso!

—Bueno —rió el presidente de Salvatierra—, precisamente la jugada está en que nosotros no seremos quienes lo hagamos. Ocurre que nuestras lanchas llevarán bandera de Costa Rica, y, en caso necesario, se identificarán como pertenecientes a ese país, de modo que, a todos los efectos, habrá sido Costa Rica quien habrá impedido que tres barcos cargados con material de toda clase para ayudar a Nicaragua no lleguen a su destino. ¡Por todos los muertos, qué gran jugada! ¿No la comprendes?: pongo a los de Costa Rica en un grave apuro internacional, impido que una buena cantidad de ayuda de toda clase llegue a Nicaragua, y fastidio a los cubanos hundiéndoles tres barcos con todo ese material… ¿No te parece genial?

El espanto mantenía como agarrotada la garganta de Sita Valdés, que finalmente pudo balbucear:

—Pero si hunden esos tres cargueros… van a morir muchos marinos cubanos…

—Al infierno con ellos. Está previsto que no quede vivo ni uno solo.

—Y si acusan a Costa Rica esto podría… podría provocar un serio enfrentamiento entre Costa Rica y Cuba…, y hasta entre Nicaragua y Costa Rica… ¡Máximo, esto puede provocar un grave conflicto internacional!

—Que se jodan todos.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir una cosa así? ¡Y con barcos cargados de alimentos…! ¿No has pensado en esas pobres gentes de Nicaragua que están esperando esa ayuda?

—Ya te he dicho que se jodan todos. Además, ya les enviará buena ayuda los Estados Unidos.

—¿Quieres decir… que ese ataque te ha sido… ordenado por Washington?

—No, no. Es una iniciativa mía, para divertirme. Ya varemos qué hacen unos y otros cuando lo ocurrido llegue a su conocimiento. Mientras tanto, si Washington me envía una felicitación, no me molestará precisamente, te lo aseguro. Quiero que allá estén muy contentos conmigo, porque cuanto más contentos estén ellos más me facilitarán ir adquiriendo poder en

toda la América Latina. ¿Comprendes?

—Creo… creo que sí.

—Bueno, pero ya basta esta noche de charlas políticas y sobre ambiciosos planes futuros. Ahora vamos a hacer el amor.

—No… No.

—¿Qué dices?

—Máximo, por favor, esta noche no. No podría… ¡No podría!

—¿No podrías? —La expresión de Máximo Buendía era no sólo lúbrica, sino furiosa—. ¡Ya lo creo que vas a poder! ¡Tú eres mía, y yo hago siempre lo que quiero con lo que es mío!

El presidente de Salvatierra agarró a su esposa por los cabellos, la tendió en la cama, y, sin más miramientos ni consideraciones, quiso poseerla, Narcisa Valdés se resistió, porque ciertamente aquella noche no era precisamente maravillosa para hacer el amor con un hombre al que no amaba como sería conveniente y que, además, acababa de demostrarle una vez más la crueldad de su carácter, su horrenda ambición que lo convertía en un criminal…

Pero Máximo Buendía era más fuerte que su esposa, y, por cierto, aunque ella hubiera gritado la guardia no habría acudido en su ayuda. Narcisa Valdés no gritó, sólo se resistió cuanto pudo y como pudo…, hasta que la brutalidad y fuerza de su marido la vencieron, y fue rabiosamente penetrada y poseída.

Al día siguiente, ya sola en su habitación, Sita oyó por la radio la noticia de lo sucedido la noche pasada con los tres barcos cubanos que navegaban hacia Nicaragua cuando fueron hundidos por unas lanchas torpederas con la bandera de Costa Rica…

Cuando Sita Valdés terminó el relato hubo en el despacho unos segundos de silencio, hasta que Erika, asintiendo, murmuró:

—Recuerdo muy bien ese incidente, que provocó en efecto graves problemas diplomáticos…, que pudieron haber dado lugar incluso a un enfrentamiento armado en el Caribe entre Costa Rica y Cuba.

—Pues eso no es nada —dijo Plácido Arteaga.

Erika lo miró vivamente.

—¿Qué quiere decir? —exclamó.

—Me consta que el presidente está preparando una jugada tremenda encaminada a enfrentar a Salvatierra con Costa Rica…, a fin de que Estados Unidos, naturalmente apoyando a Salvatierra,

machaque a Costa Rica. Y puedo asegurarle que Máximo no ha descartado la posibilidad de que, en un momento determinado, Costa Rica quedase en tal situación política y económica que pudiera ser anexionada a Salvatierra. Es una de sus más grandes ambiciones, y no parará de inventar salvajadas hasta que lo consiga.

—Para serles sincera —dijo suavemente Erika Wagner— el señor presidente de Salvatierra no me está resultando precisamente simpático. Así que aunque sólo fuese por eso, cuenten ustedes con mi discreción.

Capítulo VI

Tan sólo veinticuatro horas más tarde el grupo de aventureros contratados como escolta personal para el presidente Buendía se hallaba preparado para la marcha, después de que, aquella misma mañana, quedase completo el cupo previamente establecido de cuarenta hombres. Es decir, concreta y exactamente eran treinta y nueve hombres y una mujer los que emprendieron el viaje nocturno.

Apenas anocheció, todo el personal fue trasladado en varios automóviles milagrosamente conseguidos a un aeródromo militar norteamericano del cual no pudieron distinguir nada que lo identificase, pues a propósito habían sido protegidas señales y nombres con grandes trapos negros. Lo que no se podía camuflar, ya que tenía que cruzar espacio aéreo internacional, fue el gran transporte de tropas que aguardaba en una de las pistas, y que, indudablemente el gobierno de los Estados Unidos había puesto a disposición de Sita Valdés. Un aparato que podía transportar más de doscientos soldados fue ocupado por cuarenta aventureros y el personal que días antes llegara procedente de Salvatierra para instalarse en la villa de Allapatah y atender toda la fase previa de la operación.

Ni siquiera eran las diez de la noche cuando el enorme avión se elevó y emprendió la ruta hacia el sur. En un compartimiento especial de proa viajaban Sita Valdés, Plácido Arteaga y sus dos acompañantes, los sargentos Lorenzo Ros y Casildo Lugones, y el personal que había estado atendiendo los servicios de la villa. En la parte destinada a la tropa viajaban Osvaldo Méndez y los componentes de la futura escolta personal de Máximo Buendía. Afuera, la noche estrellada. Dentro del avión, la luz de vuelo en misión secreta…

—Lo que no puede dudarse —comentó Adolf Mann, sentado en

el banco longitudinal junto a Erika Wagner— es que el presidente de Salvatierra goza de todas las simpatías por parte de Washington.

—Es verdad —admitió Erika—. Pero no hay que olvidar que es justo. A fin de cuentas Estados Unidos dispone de bases aéreas y marítimas en Salvatierra gracias a la facilidad con que Máximo Buendía aceptó los acuerdos.

—De modo, pues —intervino el canadiense Luycks—, que vamos a aterrizar en una de esas bases yanquis en Salvatierra.

—Indudablemente. Pero hay unas mil millas de vuelo por delante, de modo que lo mejor que podemos hacer es dormir. Ésta no va a ser una noche descansada para nosotros, os lo aseguro.

Adolf Mann tuvo razón.

El vuelo fue cubierto de modo que llegaron a la base yanqui cerca de El Redentor bastante antes del amanecer. En las pistas les estaban esperando dos camiones para transporte de soldados, que una vez los recogieron cerraron herméticamente sus lonas y partieron. Dentro de cada camión, media docena de soldados modernamente armados acompañaron a los recién llegados en el viaje corto y tranquilo, que terminó en un patio de suelo empedrado, al que saltaron los cuarenta aventureros. Adolf Mann, que había sujetado a Erika por un brazo para ayudarla a saltar del camión, señaló con la otra mano, y ella miró el gran edificio con luz en muchas de sus ventanas.

—El Palacio Presidencial de El Redentor —murmuró Adolf.

—De manera que hemos llegado a destino —murmuró también Erika.

—Eso parece. Creo que estamos en la parte de atrás, donde hay alojamientos para soldados y calabozos. En la parte de delante hay unos hermosos jardines, que son los que ve el pueblo… y los turistas.

Erika miró ahora hacia su espalda, hacia el fondo al que llegaban difuminadas las luces del palacio, y vio el alto muro sombrío, que se extendía a derecha e izquierda. En alguna parte oyó ruido de botas militares sobre el empedrado suelo. En otros puntos divisó el brillo del acero de las armas de la guardia militar.

—Esto es… una fortaleza —dijo Erika.

—Vista desde aquí, sí. Vista desde la parte de delante es una hermosa casa-palacio con jardines y que tan sólo tiene una verja

artística vigilada lógicamente por soldados. Digamos que el Palacio Presidencial de El Redentor tiene dos caras… ¿No lo conocías de antes?

—No.

—¿Ni siquiera habías visto fotografías o planos? —Se mostró irónicamente incrédulo Adolf.

—Ni siquiera eso.

—¿Sabes que eres bastante peculiar, preciosa?

—Quizás el peculiar seas tú —replicó ella—. Dudo mucho que haya en todo el grupo nadie que esté tan enterado de tantas cosas como tú.

—No digas tonterías —sonrió Adolf—: Osvaldo nos ha enseñado muy bien a todos los planos necesarios para que podamos movernos por este lugar con gran facilidad y siempre bien orientados.

—Sí, pero tú ya venías preparado de antes, estoy segura de que no necesitabas las instrucciones de Osvaldo.

—Bueno, nunca está de más saber dónde se va uno a meter. Y te diré una cosa, pero que quede entre nosotros —el tono de Adolf se hizo confidencial, pero siempre irónico—: entrar en este lugar puede ser relativamente fácil, pero salir ya es otra cosa. Es por eso que el presidente Buendía se ha atrincherado en palacio y no quiere salir, después de los dos atentados contra su vida.

—También pueden atentar contra él aquí dentro.

—¿Sí? ¿Quién se atrevería? Piensa que si se produce la más pequeña alarma en palacio todo está preparado para que absolutamente nadie pueda abandonarlo, hasta que se aclare la situación. Así las cosas, ya me dirás quién va a tener valor para atentar contra Máximo Buendía, sabiendo que no podrá salir, que sólo tiene dos recursos: o tener alas o suicidarse antes de que lo atrapen vivo. Porque te aseguro que si el presidente atrapa vivo a alguien que haya atentado contra su vida su venganza pondría de punta los pelos a una piedra… Ya te dije que no es precisamente un angelito.

Durante unos segundos, mientras todos los restantes componentes de la escolta se iban agrupando tras saltar de los camiones, Erika Wagner estuvo mirando fijamente el viril rostro de Adolf Mann, iluminado por el resplandor de las ventanas de palacio.

—Adolf —susurró de pronto—: ¿te has metido en esto para

asesinar a Máximo Buendía?

Adolf Mann sonrió, le dio un cachetito a Erika Wagner, y se alejó de ella. Osvaldo estaba reuniendo a todos los componentes de la escolta personal en un lado del patio, mientras los soldados se difuminaban en las oscuridades de los muros y los camiones eran retirados.

Sita Valdés, Arteaga, los dos sargentos y el resto del personal ya se habían esfumado apenas llegar al aeródromo militar, utilizando automóviles para finalizar el viaje.

No había rastro de ellos.

—Ahora se alojarán en las dependencias que les han preparado. Ocuparán todo un ala de lo que llamamos el Cuartel de Guardia, del que ya les hablé, y que se halla situado en la parte de atrás del Palacio Presidencial en sótanos. Las instalaciones son sencillas, pero suficientes y bien acondicionadas. Ustedes vivirán aquí con la Tropa de Guardia, compuesta por unos ciento veinte hombres siempre preparados para afrontar cualquier emergencia con toda clase de armas; estos ciento veinte soldados han sido escogidos por medio de una escrupulosa y exigente selección, y su cometido es bien concreto y específico: cuidar del palacio, tenerlo controlado en todo momento. Ustedes cuidarán del presidente, sustituyendo al personal que hasta ahora lo ha estado haciendo, gente del país, en su mayor parte procedente del Ejército y en el cual ha perdido mucha confianza el presidente después de los dos atentados, uno de los cuales fue llevado a cabo por uno de los miembros de la propia guardia. El presidente estaría muerto de no haber sido por la oportuna intervención del coronel Arteaga. Bien, seguiremos conversando mañana, aunque ustedes ya están suficientemente aleccionados por mí para que sepan a qué atenerse en todo momento. Acompáñenme, para que los instale en sus alojamientos definitivos… Usted no, Erika. Usted espere aquí.

—¿Qué es lo que tengo que esperar? —se sorprendió Erika, que se había inclinado a recoger su equipaje.

—Espere aquí.

Osvaldo Méndez señaló hacia el palacio, y todos comenzaron a caminar hacia allí, dando la sensación de encaminarse hacia la gigantesca boca de un monstruo. Al pasar cerca de Erika, Adolf Mann dijo:

—Si necesitas ayuda grita.

—Nunca grito.

—Pues silba —rió el gigantesco alemán.

En pocos segundos Erika Wagner quedó sola en el centro del patio empedrado…, en el cual resonaron enseguida las recias botas de dos soldados que aparecieron por un lado y se acercaron a ella.

—Sea tan amable de acompañarnos —dijo uno de ellos, en inglés.

—¿Adónde?

—Somos de la guardia interior. Síganos, por favor.

La madrugada era inminente. Erika cargó con su reducido equipaje, consistente en una pequeña maleta y el maletín de viaje, y siguió a los dos soldados, que accedieron a palacio por una puertecilla lateral en la que había otros dos soldados de guardia, armados de modernas metralletas *made in USA*. Subieron un corto tramo de escalones desgastados, caminaron por un estrecho pasillo, tomaron un ascensor…, y cuando salieron de éste el mundo pareció cambiar: un amplio pasillo lujosamente decorado e iluminado apareció ante los vigilantes ojos de Erika. Era como llegar repentinamente a un verdadero palacio, sólo afeado por la presencia de ocho inmutables soldados con equipo de campaña montando guardia distribuidos por el amplio y largo pasillo.

Recorrieron éste, giraron a la derecha, y vieron otro pasillo, cerrado por una doble puerta ante la que montaban guardia cuatro soldados más igualmente armados como para entrar en combate contra una invasión extraterrestre.

Al otro lado de esta doble puerta apareció otro pasillo, también atestado de soldados, distribuidos entre las numerosas ventanas que daban por un lado a unos jardines y por el otro al patio de suelo empedrado. Al fondo de este pasillo había otro, formando una T, igualmente amplio y vigilado, hasta el punto de que Erika Wagner se preguntó quién podría ser tan loco de intentar algo contra Máximo Buendía…

¿Adolf Mann, tal vez? No, no lo haría, a menos que fuese un asesino suicida, lo cual no podía descartarse completamente, pese a que Adolf no parecía de ésos.

Por fin, los dos soldados se detuvieron ante una pequeña puerta, a la cual llamó uno de ellos. La puerta se abrió, y para sorpresa de

Erika quedó visible Plácido Arteaga, que alejó a los dos saldados con un gesto, y miró amablemente a Erika.

—Pase, por favor.

Erika entró, y Arteaga cerró la puerta. Se hallaban en un pequeño saloncito encantador. Al fondo había unos cortinajes, que Arteaga apartó. Erika pasó por allí, y vio el amplio y alegre dormitorio de estrechas ventanas verticales, con muebles confortables, y una puerta que sin duda daba al cuarto de baño.

En un silloncito estaba sentada Narcisa Valdés, mirando fijamente a la rubia Erika.

—Usted se alojará aquí —dijo Sita—. Ya no hay necesidad de que soporte a tantos hombres, y además, la voy a tomar directamente a mi servicio. A todos los efectos será usted una de mis camareras, o mejor todavía, mi doncella principal. Pero no olvide nunca que su cometido básico consiste en proteger la vida de mi marido, Erika.

—No lo olvidaré.

—Nuestra habitación está en este mismo pasillo, en el que siempre hay soldados. Naturalmente, todos serán advertidos de que usted es persona de confianza y que puede ir de un lado a otro, pero procure no discutir si en algún momento la incomodan con preguntas o vetos. ¿De acuerdo?

—Descuide.

—Bien —Sita se puso en pie—… Creo que ahora a todos nos conviene descansar, así que la vamos a dejar sola. Ah, Erika, espero que sea comprensiva si alguna vez la visitamos a la vez Plácido y yo y le pedimos que nos preste el dormitorio mientras usted lee en la salita de la entrada.

—Me encanta leer —sonrió ceñudamente Erika—… ¿Puedo hacerle una pregunta, señora?

—¿Qué pregunta? —Receló Sita.

—Evidentemente, usted y el coronel Arteaga —lo miró un instante— se aman, así que me pregunto: ¿no les sería más beneficioso desentenderse de las complicaciones de contratar una escolta personal de esta envergadura…, y simplemente esperar que con un poco de suerte algún enemigo de su marido los librase de él?

—Esto sería lo lógico si Sita y yo fuésemos un par de perros traidores —dijo Arteaga.

—¿Qué quiere usted decir?

—Si se tratase solamente de nuestro amor Sita y yo ya nos habríamos fugado, y habríamos perdido de vista para siempre a Máximo Buendía. Pero tanto ella como yo somos apasionados patriotas, y sabemos que cuanto más tiempo dure Máximo en el poder en Salvatierra mayores beneficios se irán consiguiendo para nuestra patria. No hay en todo el país nadie que pueda proporcionar tantos beneficios como Máximo, en todos los aspectos: es un hombre inteligente, un político astuto, un negociador de alto nivel… Lo que él no consiga para Salvatierra no podría conseguirlo nadie más…, y nosotros queremos lo mejor para nuestra patria.

Erika Wagner, que al principio había parecido pasmada, murmuró:

—De manera que, simplemente, ustedes están… sacrificando su amor a cambio de la buena marcha de su patria.

—Sí. Y porque Sita no quiere abandonar a Máximo precisamente ahora.

—Zambomba —terminó por sonreír la rubia—… ¿Saben una cosa?: muchas personas no se creerían eso ni en sueños.

—No nos importa lo que la gente crea —dijo Sita.

—De cuando en cuando es agradable conocer personas como ustedes. ¿A qué hora empezará a requerir mis servicios como… camarera?

—Duerma tranquila. Ya la avisaré.

Erika asintió, y se quedó mirando a los dos apuestos jóvenes. Plácido Arteaga se dirigió hacia los cortinajes, los apartó, y Sita Valdés abandonó el dormitorio de su «camarera». Ésta estuvo durante casi un minuto escuchando los susurros de los enamorados a través de las cortinas, y los breves silencios dedicados sin duda a desesperados besos de despedida. Finalmente, oyó cerrarse la puerta de su cámara. Fue a separar las cortinas, asegurándose de que, en efecto, había quedado sola, y entonces se dedicó a sacar sus cosas del equipaje y colocarlas ordenadamente en el armario y en el cuarto de baño, de bellos azulejos azul pálido.

No le gustaba en absoluto convertirse en cómplice de dos adúlteros, proporcionándoles nada menos que la cama. Pero pensó que, a juzgar por lo que sabía de Máximo Buendía, éste se merecía eso y mucho más.

Aunque tampoco quería dejarse influenciar por lo que otras personas le contasen, así que no se haría un juicio definitivo sobre Máximo Buendía hasta que ella obtuviera sus propias conclusiones sobre el siniestro personaje.

Capítulo VII

El personaje no sólo era siniestro, sino que rozaba lo repugnante. Obeso, con cabellera rala, ojos pequeños, boca delgada… Era muy diferente a la imagen que ofrecían las fotografías que circulaban por todo el país en promociones políticas; fotografías que sin duda habían sido obtenidas años antes, cuando el rostro de Máximo Buendía todavía podía contemplarse sin sentir aquella especie de pequeña náusea.

De mediana estatura, vestía aquella mañana un recargado uniforme inventado expresamente para él a fin de diferenciarlo en todo de los restantes pocos generales que había en Salvatierra y que pretendía la sensación de que el Generalísimo era más alto. Todo en él, sin embargo, era pequeño y redondo, incluso sus manos, con las que acariciaba sin cesar a Sita Valdés, que permanecía de pie a su lado, y que sonreía al parecer dichosa.

Máximo Buendía había reunido aquella misma tarde en su despacho a todos los recién llegados componentes de la escolta personal que tan meticulosamente había seleccionado en Miami su esposa. De pie junto a su mesa de despacho oficial, el presidente de Salvatierra estiraba el cuello, sacaba pecho, acariciaba con sus gordas manos a su esposa, y hablaba:

—Una vez más —decía— he demostrado mi gran inteligencia, al buscar hombres como ustedes, tan diferentes todos a mis soldados, a fin de que no haya más emboscados que puedan acercarse a mí. Había pensado encargar un uniforme especial para ustedes y convertirlos oficialmente en mi Escolta Personal, pero Sita me convenció de que eso podía quizá constituir una afrenta para el Ejército demasiado directa, así que simplemente ustedes vestirán de paisano, pero dedicarán su vida a proteger la mía, que es mucho más importante. Quiero que vigilen bien las veinticuatro horas del día, y que cualquier atisbo de peligro o sospecha de atentado me

sea comunicada a mí o al coronel Arteaga, de quien me consta su gran fidelidad y consagración a la patria y a mi persona.

Hizo una leve pausa dramática, mientras los miembros de la escolta personal le contemplaban con curiosidad creciente, y Plácido Arteaga, de pie al otro lado de la mesa, parecía una bella estatua militar en posición de firmes.

—Hace un hermoso día, ¿no es cierto? —dijo de pronto el presidente.

Cundió el pasmo. Nadie contestó. Buendía soltó una carcajada, se acercó al ventanal de su amplio y hermoso despacho, y abrió dos hojas. Desde los jardines que se extendían entre el edificio del Palacio Presidencial y la Avenida de los Estados Unidos llegó un aroma caliente de flores y tierra regada. Buendía, sonriente, aspiró varias veces. Los miembros de la escolta se miraban entre sí, perplejos.

De pronto, Máximo Buendía volvió a encararse a ellos, formados ante la mesa en tres apretadas filas.

—Sí —insistió—, hace un hermoso día para cortar cabezas. Y eso es lo que haremos con todo aquel que pretenda atentar contra mi preciosa vida. Hay dos consignas, dos órdenes, que quiero que ustedes tengan siempre bien presentes por encima de todas las demás. Una: cualquier persona que atente contra mí debe ser apresada viva. Dos: cuando suene la alarma musical nadie puede abandonar el palacio. Y no me pregunten en qué consiste la alarma musical, porque espero que no suene nunca; pero si suena, ustedes sabrán que ésa será la alarma musical, respecto a la cual también mis soldados de palacio tienen instrucciones muy concretas.

—¿Podemos saber qué instrucciones son ésas, señor? —preguntó Adolf.

—Por supuesto… Usted es…

—Adolf Mann, señor.

—Eso es: Mann. Por supuesto que pueden y deben conocer esas instrucciones, las cuales consisten en que cuando suene la alarma musical, como acabo de decir, nadie puede abandonar el Palacio Presidencial, y todo aquel que lo intente será acribillado, sea quien sea, pues la alarma musical significará que de nuevo se ha atentado contra mi vida y contra los intereses de la patria. En esas circunstancias, tanto si yo sobrevivo al atentado como si no, todas

las personas que estén dentro del palacio permanecerán en él, y mis soldados se encargarán de saber cuál o cuáles de ellas han sido los autores del atentado, y procederán del siguiente modo: si yo estoy vivo todavía, encarcelarán al agresor, a la espera de mi recuperación; si estoy muerto, el autor o autores del atentado serán descuartizados por dos *jeeps* tirando cada uno por un lado, y abandonados sus restos en el patio de armas para que vengan los zopilotes a devorarlos. Y eso se hará sea quien sea el autor del atentado, y, en la duda, con todos los que puedan haber sido los autores. ¿Está bien claro?

Todos los miembros de la escolta personal asintieron, en silencio.

Adolf Mann tenía fruncido el ceño.

Erika Wagner contemplaba inexpresivamente aquel rostro disipado que ahora mostraba una expresión cruel y furiosa; la sola idea de que alguien atentara contra su vida sacaba de sus casillas a Máximo Buendía, era evidente.

—O sea —terminó Buendía— que matarme a mí no sería buen negocio para nadie, y ustedes se encargarán, junto con mis soldados, de que así sea. Mientras tanto, yo llevo encerrado en palacio mucho tiempo, sin atreverme a salir por miedo a traiciones y emboscadas. Y es fácil de comprender: cualquier nativo puede conseguir un uniforme de soldado, acercarse a mí, y matarme de un simple disparo. Es por eso que han sido elegidos ustedes, de aspecto tan diferente a mis soldados. A partir de ahora, cuando salga de palacio no iré rodeado de soldados, sino de ustedes, así que nadie podrá acercarse a mí sin ser detectado… y abatido inmediatamente por ustedes. ¿Sí?

De nuevo asintieron todos los miembros de la escolta. Máximo Buendía fue a sentarse tras su mesa, encendió un hermoso y aromático cigarro del país, y se quedó mirando el azulado humo con gran satisfacción.

—Fuera todos —dijo de pronto; y volvió sus ojos súbitamente tiernos hacia su esposa—… Menos tú, cariño mío.

Plácido Arteaga se movió como un autómata hacia la puerta, que abrió, quedando a un lado. Los miembros de la escolta abandonaron en silencio el despacho presidencial. Afuera, en el pasillo, esperaba Osvaldo Méndez, que había hecho ya el estudio y

la distribución del primer turno de servicio para la mitad de la escolta.

Erika Wagner no estaba en la lista, de modo que se fue a la habitación que le había elegido Sita Valdés. Y apenas había cerrado la puerta cuando sonó la llamada en ésta. La abrió, y se quedó mirando con sonriente gesto de interrogación al enorme Adolf Mann, que también sonrió y preguntó:

—¿Puedes dedicarme unos minutos?

—Pasa —se apartó Erika; cerró cuando él hubo entrado y señaló el gracioso sofá colocado en un rincón—… Siéntate. Pero no puedo ofrecerte nada de beber. Todavía no estoy debidamente instalada.

—De un modo u otro las mujeres siempre conseguís algún privilegio —dijo Adolf—. Pero bueno, entiendo muy bien que la señora te haya seleccionado para tenerte cerca. ¿Qué opinas de él, del presidente?

—Nada. Él me paga, eso es todo.

—No, no es así —alzó las cejas Mann—… Quien nos paga, quien nos da las órdenes, y a quienes nosotros aceptamos obedecer siempre por encima de todo es la señora. ¿Lo recuerdas? Ella lo dijo bien claro en Miami.

—Lo recuerdo. Pero las órdenes que ella nos dé estarán siempre encaminadas a proteger la vida de su marido.

—Supongo que sí, aunque se halle muy lejos de estar enamorada de él.

—¿Tú qué sabes de eso?

—Vamos, Erika: ninguna mujer puede amar a semejante cerdo.

—Ten cuidado con lo que dices, Adolf.

Éste se quedó mirando especulativamente a Erika durante unos segundos. Por fin, dijo:

—No me llamo Adolf Mann, ni soy alemán. Me llamo Igor Bernigov, soy ruso, agente de la KGB soviética, y he llegado hasta aquí con la intención de cumplir las órdenes que recibí en Moscú: asesinar a Máximo Buendía.

—Estás loco…

—¿Lo dices por mi cometido o por haber confiado en ti?

—¡Por las dos cosas!

—Tal vez. Está claro que en nuestro grupo tiene que haber alguien de la CIA, no vamos a engañarnos, ¿verdad? Ese cerdo es

amigo de los Estados Unidos, de modo que éstos, es decir, la CIA, habrá colocado en el grupo posiblemente un par de sus mejores hombres, para tener un control adecuado en lo posible. No van a permitir que se forme una escolta personal que no esté en su mayor parte controlada por la CIA, eso es elemental. Pero a mí todo eso me tiene sin cuidado: voy a cargarme a Buendía, Erika. ¿Quieres colaborar?

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Porque no confiaría en ningún otro, y porque precisamente tu cargo cerca de la señora Buendía me ha dado la idea. Yo vine aquí con todas las precauciones lógicas, y mi misión consistía básicamente en encontrar el modo de preparar el asesinato de Buendía pese a la escolta y a todo. Y resulta que lo que voy a hacer es cargarme directamente a ese cerdo, y asunto terminado. ¿No te gustaría participar en la meritoria labor de privar al mundo de una alimaña repugnante y venenosa como es Buendía?

—¡No tienes derecho a complicarme en esto!

—Eres la persona ideal para ayudarme. Entre los dos podemos controlar a la señora en el momento oportuno, utilizarla como escudo después de cargarnos a Buendía, y salir de palacio.

Erika contemplaba ahora incrédulamente a Adolf Mann.

—¿Quieres decir que tú crees que te dejarían salir por el simple hecho de llevar como rehén a la señora?

—Claro.

—Pues yo no lo veo tan claro —rechazó Erika—. Me parece que no has escuchado bien al presidente: si suena la alarma musical nadie puede abandonar el Palacio Presidencial. Y en ese nadie, querido, se incluye a Sita Valdés.

—Claro que no —gruñó Adolf.

—Claro que sí —aseguró Erika—. Ese hombre no se fía ni de su propia esposa, y es por eso que ha dispuesto toda esa trampa para que si lo matan no salga nadie del palacio, y el culpable, sus cómplices, o presuntos culpables y cómplices sean descuartizados.

—Maldita sea… ¡Yo no lo había interpretado así!

—Pues piensa en ello. Por mi parte, he entendido perfectamente que si suena la alarma (y sonaría si él muriese o fuese agredido) nadie podría salir de este palacio…, a menos que lo preparase todo muy bien, apareciese un helicóptero bien pilotado y muy veloz… Y

aun así, ¿crees que no estará prevista por los soldados esa posibilidad? Derribarían el helicóptero. Lo menos que ocurriría sería que se entablaría una lucha tremenda dentro del recinto del Palacio Presidencial. Adolf, ese hombre no hace actualmente otra cosa que pensar en el modo de conservar su vida… tan preciosa para la patria.

—Tengo la impresión de que tú también has estado pensando mucho en este asunto. Oye, ¡no te habrán enviado a ti también para cargarte a ese tipo!

—Tal vez —sonrió Erika.

—¡Pero eso sería formidable…! ¡Entre los dos podríamos…!

—Tranquilízate —casi rió Erika—. Yo bien podría ser todo lo contrario, Adolf, o sea, una de las enviadas por la CIA. En cuyo caso, como comprenderás, tú podrías darte por muerto.

Adolf Mann estuvo unos segundos sombríamente silencioso. Luego murmuró:

—Me he enamorado de ti, Erika Wagner, pero eso no impedirá que intente cumplir con mi misión. Por tu parte, haz lo que te venga en gana.

Adolf Mann se puso en pie, alcanzó la puerta en dos zancadas, abrió y salió al pasillo, cerrando.

Erika Wagner no se había inmutado en absoluto. Entró en el dormitorio, abrió el armario, y sacó el maletín, del cual tomó la pequeña pistola, que se adhirió al muslo izquierdo por medio de una tira de esparadrapo. A menos que se estuviese equivocando mucho las cosas iban a complicarse, y posiblemente pronto: los agentes de la KGB soviética no van por ahí enamorándose de aventureras alemanas y contándoles su vida y sus misiones encomendadas por el Directorio de Moscú…

La llamada a la puerta la obligó a acelerar sus movimientos para guardar el maletín.

Quien había llamado no había esperado a que ella abriese la puerta, sino que había entrado acto seguido, pero no podía reprocharle nada, pues era Sita Valdés, a cuyo servicio se suponía que estaba día y noche.

—Se ha repartido material de comunicación entre todos los miembros de la escolta —dijo Sita, tendiéndole a Erika un moderno walky-talky— para que estén siempre en contacto, por si ocurre

cualquier emergencia.

—Buena idea —sonrió Erika—. ¿De quién ha sido?

—Mía. La verdad es que estoy muy asustada, Erika… Plácido acaba de decirme que corren rumores de que alguien está preparando otro atentado contra Máximo.

—Pues quienquiera que sea que lo intente esta vez deberá atenerse a las consecuencias. Entiendo que las veces anteriores no capturaron a nadie.

—No. La primera vez ni siquiera pudieron ver al agresor. La segunda fue un soldado de la guardia, a quien afortunadamente Plácido mató antes de que pudiese disparar contra mi marido… ¿No le ha parecido a usted un gran hombre, Erika?

—¿Quién? ¿Su marido?

—¡Naturalmente!

—Escuche, señora, la historia que usted misma me contó sobre su marido no contribuye precisamente a que sienta admiración por él.

—Oh, pero eso es diferente… Quiero decir que… que ya sé que es cruel y malvado, y ya le dije a usted que no le amo, que amo a Plácido, pero… son cosas diferentes. Nosotros lo admiramos como al hombre que está consiguiendo colocar nuestra patria en la línea de las naciones ricas y con gran futuro…

—A costa de venderse al oro y las consignas de Washington. No me parece ningún gran futuro para ninguna patria, señora.

—¿Cómo se atreve a hablarme así?

—No le estoy diciendo nada que no sepa todo el mundo. Pero cálmese, ¿quiere? Usted me paga, y puede contar conmigo en lo acordado. Lo que no puede hacer es ordenarme que admire a su marido.

Sita Valdés entornó los párpados, estuvo así unos segundos, y, de repente, dio media vuelta y abandonó el aposento de Erika Wagner, que sonrió ceñudamente. Miró el walky-talky, y lo accionó.

—¿Sí? —Se oyó enseguida la voz de Osvaldo Méndez—. ¿Qué ocurre?

—Nada —murmuró la rubia—. Soy Erika, y sólo quería comprobar que mi aparato funciona.

—Pues funciona —dijo Osvaldo—. Y no olvide que su turno comienza a las ocho de la tarde.

Capítulo VIII

—¿Por qué miras tanto el reloj? —preguntó finalmente Máximo—. ¿Va a ocurrir algo especial a determinada hora?

Sita Valdés se volvió a mirar a su marido, y le sonrió. Se hallaban los dos en la salita de la *suite* que dentro del Palacio Presidencial se habían reservado como habitaciones privadas. La salita separaba los dormitorios privados de ambos, era muy amplia, y tenía dos hermosos balcones que daban a los jardines frontales del palacio; toda ella estaba lujosamente decorada y amueblada, incluidas costosas alfombras orientales de bellísimo diseño y colorido. En esta salita departían Máximo y Sita antes de retirarse a descansar, casi siempre al dormitorio de ella, pues Máximo Buendía no era hombre que, pese a su degradación física, dejase de gozar del bello cuerpo de su esposa prácticamente todas las noches… motivo por el que Sita le odiaba cada día más; o mejor dicho, cada noche más.

Pese a lo cual sonrió cautivadoramente, como siempre, a su marido.

—¿Te parece que estoy mirando demasiado el reloj? —preguntó a su vez.

—Eso me ha parecido.

Máximo Buendía estaba sentado a la mesa que ocupaba un discreto rincón de la sala, y de la cual salían la mayoría de sus órdenes. Era aquí, en este despachito privado donde se forjaban planes personales y planes para la patria. Detrás de él y a la izquierda, hundida en uno de los gruesos muros del palacio, el presidente de Salvatierra tenía una caja fuerte inexpugnable y conectada a diversos «inventos e ingenios» ideados por el propio Máximo. Uno de ellos era, precisamente, la alarma musical, que sonaba en todo el palacio cuando la puerta de la caja fuerte era abierta por alguien que no fuese el presidente, pues éste era el

único que, además de la combinación normal, conocía qué otros dos dígitos debían marcarse en el dial para anular los dispositivos especiales conectados a la caja…

Pero en aquel momento Máximo Buendía no pensaba en estas cosas. Llevaba un rato trabajando después de la cena, a la espera de que como era habitual, Osvaldo y el coronel Arteaga pasaran, a las diez en punto, a darle el parte de que todo estaba en orden y toda la guardia en su sitio. A partir de ese momento estaba prohibido entrar en las habitaciones del señor presidente y su esposa, y la labor diaria de él al servicio de la patria había terminado, dando paso a su vida privada. Una dura y sacrificada vida la de Máximo Buendía.

—Simplemente —dijo Sita, acercándose sonriente a la mesa de su marido—, estoy deseando que sean las diez.

Máximo miró el artístico reloj dorado colgado en una pared de la sala. Eran las diez menos seis minutos. Miró a su esposa entre sonriente y expectante.

—¿Y a qué se debe esa impaciencia? —murmuró.

—Yo también siento, ¿sabes? No vas a ser sólo tú el que sienta por las noches ciertas… urgencias de afecto.

Máximo Buendía parpadeó. Luego, quedó como hipnotizado. No confiaba plenamente en su esposa, pero la amaba locamente. A veces se reprochaba a sí mismo ser tan desconfiado, pero no podía evitarlo.

—Si tanta urgencia sientes —dijo quedamente— puedes empezar a desvestirte. Yo me reuniré contigo en cuanto Plácido y Osvaldo se hayan marchado. Es cuestión de pocos minutos.

—Pensé que te gustaría ayudarme a desvestirme.

De nuevo parpadeó el presidente de Salvatierra. La perspectiva de desvestir a su esposa le pareció mucho más excitante que seguir dedicando su atención a unos documentos que perfectamente podían esperar al día siguiente. Así pues, cuando Narcisa, tras enviarle una última sonrisa cálida, entró en su dormitorio, Máximo se puso en pie y fue tras ella. En los cinco minutos que tardarían Osvaldo y Plácido en pasar por allí, él tenía tiempo de empezar a poner en marcha su gozada de aquella noche.

Entró en el dormitorio de Narcisa recreándose por anticipado, casi sintiendo ya en sus manos el tacto suave de la piel de ella, la

forma de sus hermosos pechos…

Se quedó mirando, atónito, la boca del silenciador que apuntaba a su rostro.

Su mente quedó en blanco.

No comprendía nada de nada. Estaba viendo a Sita de pie ante él, apuntándole a la cara con una pistola provista de silenciador, pero no comprendía. Alzó la mirada, y vio el rostro de ella, del cual había desaparecido la sonrisa, siendo reemplazada por una retorcida mueca de furia, de odio intenso.

—Desnúdate tú —susurró Sita.

—¿Qué…?

—Que te desnudes. Quiero que quedes en cueros vivos.

Máximo volvió a mirar la pistola. De nuevo el rostro tenso de Sita. De nuevo la pistola.

—Pero… ¿qué estás haciendo? —jadeó.

—Si no empiezas a desnudarte, te mato.

El presidente de Salvatierra comprendió por fin al menos una cosa: su esposa estaba hablando en serio, lo iba a matar si no la obedecía. De modo que, lentamente, procedió a desnudarse. De este modo, pronto quedó visible la pequeña caja hermética, metálica, que llevaba sujeta al pecho, sobre el corazón, por medio de una ventosa metálica.

La pistola señaló esa cajita metálica, y Sita ordenó:

—Desconéctala.

En aquel mismo instante Máximo Buendía tuvo la certeza súbita de que Narcisa Valdés, su joven y bella esposa, lo iba a matar. Hiciera él lo que hiciera ella iba a matarlo.

Y si ella lo mataba cuando él había desconectado el mecanismo de la caja, no se produciría alarma alguna.

Entonces… ¿para eso había ideado él aquel sistema de alarma, tan complicado, costoso y sofisticado? ¿Para que una traidora simplemente lo desconectara amenazándolo?

—¿Qué es lo que te propones? —inquirió.

—Quiero ante todo que desconectes ese aparato.

—No pienso hacerlo. Este aparato inventado por mí está adaptado a mis pulsaciones, de modo tan afinado que las percibe hasta a veinte metros de distancia. En el momento en que deje de percibirlas su sistema electrónico pondrá en funcionamiento todos

los dispositivos de seguridad que yo he ideado para proteger mi vida y mis intereses. Es decir, que activará la alarma musical con la misma eficacia que si abrieses la caja fuerte sin añadir los dos dígitos especiales.

—También he pensado en ello. ¿Cuáles son esos dos dígitos?

—Es decir, que pretendes matarme, y luego abrir la caja fuerte, llevarte las llaves de mis cajas alquiladas en el Banco de Europa de Zurich, y quedarte así con todo mi dinero.

—Toda la inmensa fortuna que has ido rapiñando en estos años de mandato, asesino.

—Puede que yo sea un ave de rapiña, y hasta un asesino —asintió Máximo—. Pero tú eres peor que yo, perra traidora. ¿Acaso no has sido tú quien me ha estado sugiriendo todos esos planes perversos y criminales que he estado llevando a la práctica para complacerte? Pero ahora lo comprendo todo: además de divertirte viendo cómo me convertía en un criminal odiado y cómo morían miles de personas, me has utilizado para que amasase esa inmensa fortuna fruto de rapiñas no sólo al pueblo, sino al Tesoro de Salvatierra. Por eso y para eso te casaste conmigo. Y ahora, cuando me has convertido en un criminal y sabes que tengo en Suiza esa inmensa fortuna, quieres matarme y llevarte las llaves que te abrirán las cajas de esa fortuna… Pues no pienso ayudarte en nada de eso.

—¿Prefieres que te mate?

—De todos modos vas a hacerlo… Seguramente llevas tiempo aprendiendo a manejar una pistola, y debes de tener una admirable habilidad con ella.

—Cierto —sonrió Sita—. Plácido me ha enseñado.

—Ah, Plácido… ¿De modo que es eso? Sois muy vulgares los dos. Pero está bien, ahora que comprendo que me habéis estado poniendo los cuernos todavía me reafirmo más en mi postura: no desconectaré la caja. Lo cual significa que no podréis salir con vida de palacio.

—¿No? —Casi rió Sita—. ¿Para qué crees que he contratado cuarenta hombres tan peligrosos y me he ocupado de que estén bien armados y conozcan a la perfección el palacio y sus salidas?

—¿Te refieres a mi escolta personal?

—¡Son una escolta personal, pero no tuya, sino mía! —rió Sita

—. ¡Oh, no es posible que seas tan imbécil! ¿No lo comprendes? ¡Yo no he contratado esa escolta para ti, sino para mí, para que me saquen de este maldito lugar después de matarte y conseguir esas llaves! ¡Cuando tus malditos soldados intenten detenerme MI ESCOLTA los irá barriendo a mi paso, me sacarán de aquí, y Plácido y yo podremos marcharnos según el plan que ya está funcionando en estos momentos. Pero tú puedes facilitar las cosas y ahorrar las vidas de muchos soldados si desconectas ese aparato de modo que no se produzca alarma alguna!

—No desconectaré nada. ¿Qué me importan a mí las vidas de unos miserables soldados, sobre todo después de que yo haya sido asesinado por ti? No voy a facilitarle nada a nadie, ni a ti ni a los soldados. ¡Morid todos, cuantos más mejor, así me sentiré más feliz en el infierno!

—No eres más que un maldito criminal.

—Menos criminal que tú, que te las has estado dando de ángel mientras me inculcabas planes brutales contra todos con tal de conseguir amasar esa fortuna, y al mismo tiempo ya planeabas mi muerte. ¡Tú sí que eres una repugnante crimin…!

Plop, plop, disparó Sita Valdés.

Máximo Buendía fue empujado hacia atrás mientras sentía un extraño dolor, como remoto pero horrendo. Tan horrendo que se quedó sin voz, ni tan siquiera pudo lanzar un alarido. Al retroceder quedó sentado en el borde de la fastuosa cama, y entonces bajó la mirada desorbitada hacia el lugar donde le parecía que nacía aquel insufrible dolor. Se quedó contemplando estupefacto el destrozo genital causado por las dos balas: su pene y sus testículos habían reventado, simplemente, y se habían convertido en un chorro de sangre asombroso.

—Dios… bendito —jadeó Máximo, alzando la mirada aterrada hacia su esposa—… Eres una fiera…

Sita Valdés continuaba apuntándole, apretados los labios, fijos en él sus hermosos ojos ahora crueles, ardientes. Máximo Buendía comenzó a sentir en sus piernas el deslizarse de la sangre que brotaba de sus genitales. Ahora la sangre le parecía casi hirviendo, en contraste con el frío que comenzaba a sentir en todo el cuerpo. La cabeza le daba lentas vueltas y le producía aterradores zumbidos que parecían resonar en un mundo hecho de hielo…

Le pareció oír, muy lejana, la voz de Plácido Arteaga, presentándose en los aposentos. Y oyó, más cerca y concreta, la voz de Sita, a la que veía borrosamente ante él:

—Aquí, Plácido. Venid los dos.

Máximo Buendía sabía que iba a morir, que su tremenda herida ya no admitiría compostura alguna. Así que se sorprendió a sí mismo deseando morir cuanto antes, a fin de que al enfriarse su cuerpo sonase la alarma. Cuanto antes sonase mejor… Sabía que también sonaría si Narcisa abría la caja fuerte sin añadir a la combinación los dos dígitos especiales, pero no podía esperar, deseaba que ella muriese enseguida, que la destrozasen a balazos los soldados de su guardia…

Y se dio cuenta entonces de la terrible lucha que una vez más iba a provocar Sita Valdés a su alrededor, al enfrentar a sus soldados con los aventureros que había estado contratando en Miami. ¡Qué bien le había engañado Sita en todo momento! Junto a ella veía ahora las borrosas siluetas de dos hombres, que sabía vagamente quiénes eran, pero no recordaba sus nombres. Oyó la voz de uno de ellos preguntando:

—¿Está muerto?

Plácido Arteaga era quien había hecho la pregunta. Osvaldo Méndez contemplaba incrédulamente a Máximo Buendía, ahora tendido de espaldas en los pies de la cama, con las piernas colgando fuera. Veía el manchurrón enorme de sangre en su bajo vientre, pero no comprendía nada… Tuvo que comprenderlo, sin embargo, cuando miró a Sita Valdés, y vio la pistola con silenciador con que ella le estaba apuntando firmemente.

—Quítale su pistola, Plácido —dijo Sita.

El coronel Arteaga ya lo estaba haciendo. Osvaldo creía estar soñando. Era como estar contemplando una película absurda. El coronel Arteaga le había quitado la pistola, y ahora se la entregaba a la señora Buendía, que la tomó con la mano izquierda. Con la derecha Sita Valdés apuntó de pronto a Plácido Arteaga al rostro, y disparó dos veces rápidamente. Sonaron los apagados chasquidos de los disparos, Arteaga gritó, se llevó las manos al rostro súbitamente lleno de sangre, y cayó de espaldas.

—Perro asqueroso —jadeó Sita, apuntando de nuevo rápidamente a Osvaldo—… ¡Y tú, maldito, acércate a la cama,

quédate de espaldas a mí, y no te muevas!

Osvaldo Méndez estaba pura y simplemente aterrado. Había sido elegido por Sita Valdés para tratar con los mercenarios aventureros que ella quería para la escolta personal precisamente porque era un hombre duro, pero lo que estaba viendo superaba sus experiencias de dureza. Oyó tras él la voz de Sita Valdés:

—Los hombres sois todos unos cerdos, siempre estáis pensando hacer lo mismo con la mujer, con todas las mujeres… ¡De cuando en cuando es bueno que alguna os dé una buena lección! Máximo y Plácido han estado usándome como si yo fuese… carne del mercado, los dos creyendo que los amaba, pero siempre pensando en sus goces, no en los míos. ¡Y yo he sabido utilizarlos a ambos, no ellos a mí! Ya puedes volverte, perro.

Osvaldo se volvió. Sita Valdés ya no tenía ahora en la mano derecha la pistola con silenciador, sino la de reglamento que le había quitado a Plácido Arteaga, cuyo aspecto era horroroso.

Sita Valdés apretó el gatillo de la pistola de Arteaga, y Osvaldo recibió un brutal balazo en el vientre, y enseguida dos casi juntos en el corazón. Tuvo la sensación de que todo él reventaba como un gran globo lleno de sangre, le pareció que el mundo era un enorme pozo de dolor donde todo era de color rojo, y, súbitamente, todo se convirtió en negro, y todo terminó.

Narcisa Valdés le vio caer, chocar contra la cama, y luego rodar por el suelo. Todavía estaban retumbando los estampidos de los disparos efectuados con la pistola que le había quitado a Arteaga cuando se apresuró a colocar el arma en la mano del joven y apuesto coronel, y a colocar de nuevo la de Osvaldo en la funda de éste. También puso en la mano de Osvaldo la pistola con silenciador, y acto seguido salió corriendo del dormitorio…, mientras las voces que se habían oído fuera de los aposentos presidenciales sonaban ahora dentro de éstos, y tres hombres de la escolta personal aparecían en la sala principal.

Sita no les dio tiempo a preguntar nada a los sobresaltados mercenarios, gritando:

—¡Reúnanse todos ahí fuera! ¡Tenemos que escapar, se ha puesto en marcha una conjura para asesinarme a mí y al presidente! ¡Reúnan a todos ahí fuera, pronto!

Los aturdidos escoltas asintieron, dieron la vuelta, y salieron de

los aposentos, mientras Sita corría hacia la caja fuerte, marcaba la combinación que ya sabía, y abría la puerta de grueso acero… El hecho de que todavía no hubiera sonado la alarma implicaba que Máximo todavía vivía, aunque estuviese a punto de morir desangrado; seguramente el presidente no se daba ya cuenta de nada. Pero quizá sí debió de oír todavía, segundos antes de morir, la puesta en marcha de su plan, de su alarma personal, de su alarma musical: apenas Sita Valdés abrió la sólida compuerta circular de acero comenzó a sonar dicha alarma en todo el Palacio Presidencial y los jardines, y el patio de armas, y el espacio destinado a acuartelamiento de los ciento veinte soldados: una melodía nacional, tocada con carrillón, comenzó a oírse en todo este ámbito esparciéndose por medio de potentes altavoces…

Sita Valdés metió la mano en la caja, buscó, encontró el pequeño estuche, y lo sacó. Lo abrió, vio dentro las dos pequeñas llaves de oro, y tras cerrar de nuevo la caja, se guardó el estuche dentro de la negra braguita. Bajó la falda, y se volvió hacia la puerta, en la que de nuevo había movimiento. Allá estaban, juntos, el enorme Adolf Mann y la hermosa Erika Wagner, que corría hacia el dormitorio, mientras Adolf preguntaba:

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Osvaldo ha matado a Máximo y a Plácido, pero Plácido ha podido matarlo a él…! ¡Tienen que sacarme de este lugar, hay un complot para matarme a mí también, por eso han esperado mi regreso para poner en marcha el plan!

Dentro del dormitorio, Erika Wagner estaba contemplando el cuadro que se ofrecía a sus ojos. Parecía que el mundo se había desquiciado, sonaban por todas partes gritos, pisadas, algunos disparos, y, por encima de todo, resonaba fortísimo el carrillón produciendo aquella enloquecedora alarma musical que debía de oírse seguramente en toda la ciudad de El Redentor… Todo era de locura, desquiciado, pero Erika Wagner no se inmutaba en absoluto. Comprendió enseguida que Arteaga y Osvaldo estaban muertos, pero cuando se inclinó a mirar el rostro incólume de Máximo Buendía todavía pudo ver en éste una leve sonrisa que parecía esculpida en hielo: evidentemente, al presidente Buendía le encantaba la música de su carrillón…, su música, la música de su funeral privado.

Erika salió corriendo del dormitorio, y casi tropezó con Adolf, que acudía en su busca.

—¡Tenemos que salir de palacio! —gritó él—. ¡Quieren asesinar también a la señora!

—¿Quiénes? —gritó Erika.

—¡Los cómplices de Osvaldo! El propio Osvaldo dijo que la mitad de la guardia de soldados forma parte del complot… ¡No perdamos tiempo!

Erika miró a Sita Valdés, que los miraba asustada, con los ojos muy abiertos, y asintió, señalando la puerta, en la que habían aparecido varios soldados, al frente de un joven oficial, que estaba lívido, y que para hacerse oír tuvo que gritar la pregunta:

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Entren a verlo ustedes mismos! —le contestó Adolf, en español.

El oficial y los soldados se precipitaron ingenuamente hacia el dormitorio, y Erika, Adolf y Sita corrieron hacia la puerta. Afuera había no menos de doce de los hombres de la escolta personal, y cinco o seis soldados, que evidentemente no sabían qué hacer.

—¡Vámonos! —ordenó Erika en inglés.

—¡Tenemos que sacar a la señora de este lugar! —gritó también en inglés Adolf Mann.

Los soldados no entendieron nada. Se quedaron mirando, desconcertados, cómo todos los extranjeros y la señora corrían por el amplio pasillo alejándose de ellos. Y, en el momento en que doblaban la primera esquina, aparecía el joven oficial, gritando:

—¡Que nadie abandone el palacio! ¡Estúpidos, ¿es que no recordáis las órdenes?!

A partir de este momento el caos se adueñó del Palacio Presidencial de El Redentor, capital de Salvatierra. Adolf Mann, por medio del walky-talky, daba órdenes concentrando a todos los miembros de la escolta personal en el jardín, adonde debían llegar tras apoderarse de todos los vehículos que hubiera en el recinto.

Erika corría junto a Sita Valdés, que parecía asustada y como al borde de la locura.

Un grupo de soldados apareció ante ellos, al mando de un oficial que respingó y gritó:

—¡Alto! ¡Nadie puede salir del Pal…!

Una ráfaga de metralleta disparada por el hercúleo Ruthon abrió camino al grupo, y cuando los soldados quisieron reaccionar fueron arrollados por la escolta personal a tiros y a culatazos, estos últimos debido a los gritos de Erika de que procurasen no matar a los jóvenes soldados si no era imprescindible.

—¡Pero qué te importan a ti los malditos soldados! —aulló Adolf.

—¡Son muchachos que sólo obedecen órdenes! ¡Matar los menos posible!

—¡Me vas a enternecer!

Apareció otro grupo de soldados, que igualmente fue barrido a tiros y golpes, aunque no sin pagar tributo, pues tres hombres de la escolta quedaron atrás, uno muerto en el acto y los otros dos moribundos… Apareció la amplia escalinata, a cuyo pie se estaban concentrando docenas de soldados, que apuntaron sus armas hacia el grupo que descendía la escalinata.

—¡Por la parte de atrás! —gritó Erika—. ¡El grupo de asesinos quiere escapar por la parte de atrás del palacio!

Hubo un desconcierto inicial, y enseguida un revuelo, una desbandada hacia el fondo del amplísimo vestíbulo que, tras las oficinas, dependencias auxiliares y pasillos, comunicaba con la parte de atrás del palacio. El sargento Lorenzo Ros encabezaba el grupo que corría en esa dirección, y el sargento Cabildo Lugones se plantó ante Sita Valdés.

—Señora, ¿y el coronel Arteaga?

—Está herido —mintió Erika Wagner—… Tome a varios soldados y suba a los aposentos del presidente, que nadie entre allí. ¡Y avisen inmediatamente a los servicios médicos!

—Está bien. Pero mientras tanto, nadie puede abandonar el palacio. Nadie.

—¡No vamos a quedarnos aquí dentro, donde hay tantos asesinos que quieren matar a la señora!

El sargento Lugones movió afirmativamente la cabeza, y con los soldados que tenía más cerca emprendió rápida carrera escaleras arriba. El desconcierto era total…, mientras seguía sonando la alarma musical. Sita Valdés y su escolta personal salieron del palacio, frente al cual se estaba desarrollando una cruenta lucha entre soldados que querían retener los vehículos y mercenarios que

querían servirse de ellos. Adolf Mann echó a correr hacia uno de los *jeeps*, saltó al volante, y encogiéndose como pudo en el asiento, condujo hacia la puerta del Palacio Presidencial, echando fuera del vehículo al mercenario que había quedado muerto a balazos ante el volante…

En los jardines sonaban disparos dispersos, pues la orden para los soldados de reunirse en la parte de atrás, en el patio empedrado, se extendía rápidamente. Algunos, aturdidos, recibían la orden al mismo tiempo que veían cómo la señora y la escolta del presidente pretendían, evidentemente, abandonar el palacio, lo cual estaba prohibido cuando sonaba la alarma musical…, que seguía atronando el ambiente por medio de los altavoces, extendiéndose por la Avenida de los Estados Unidos, y más allá… Frente al palacio se habían detenido ya muchos vehículos particulares…, cuyos conductores tuvieron que apartarlos rápidamente cuando del recinto comenzaron a salir los vehículos de la guardia militar del presidente, ocupados por sujetos altos y rubios o pelirrojos que no se parecían en nada a los morenos soldados de la patria, disparando metralletas y gritando…, y dejando atrás vociferantes soldados que salían corriendo a pie y disparando también sus armas.

El caos y el espanto se extendió rápidamente no sólo dentro del Palacio Presidencial, sino en todo su alrededor…, mientras la columna de vehículos militares se dirigía a toda velocidad hacia la salida norte de la capital.

* * *

Finalmente, dos días más tarde, la noticia se publicó en El Nacional, el diario de mayor tirada e influencia en Salvatierra, y sirvió al mismo tiempo de comunicado oficial para los corresponsales que habían acudido a El Redentor.

La explicación fue la siguiente: Osvaldo Méndez, oficial de confianza del presidente Buendía, había organizado un complot para asesinar, juntos, al presidente y a su esposa, al parecer, sobornado por enemigos del presidente y traidores de la patria a su regreso de Estados Unidos, donde, fiel entonces, había estado reclutando junto a Sita Valdés, una escolta personal de seguridad para el señor presidente. Tras esto, de vuelta a Salvatierra, habían

sobornado a Osvaldo Méndez, habían puesto a sus órdenes miembros de la guardia militar que estaban descansando hasta el momento del magnicidio, y habían procedido a activar el plan. Desdichadamente, dicho plan había tenido un éxito parcial, pues aunque el heroico coronel Arteaga había matado a Osvaldo impidiendo que éste asesinara a la señora, no había podido impedir que, pillados todos por sorpresa, fuese asesinado el presidente. No obstante esto, y tras la tremenda confusión de la soldadesca en palacio, todo había quedado en calma dentro de éste, abatidos sin duda los cómplices de Osvaldo Méndez. Y mientras tanto, por fortuna, la escolta personal del presidente Buendía había sacado del recinto palaciego a Sita Valdés, quien, de otro modo, quizá también finalmente habría terminado por ser asesinada por los traidores. Gracias a la escolta personal, la señora Buendía había escapado, había permanecido escondida durante veinticuatro horas, bien protegida por la escolta personal de su marido, y luego, los dos miembros más significados de ésta, Adolf Mann y Erika Wagner, se habían puesto en contacto con miembros del Gobierno, clarificando lo sucedido y facilitando el regreso a palacio de Sita Valdés.

Otros dos días más tarde, después de las honras fúnebres por el presidente Buendía, por el heroico coronel Arteaga, y por los soldados fieles a la presidencia y a la patria (aunque nadie sabía cuáles de los muertos habían sido fieles y cuáles héroes), la señora Buendía anunció su deseo de abandonar el Palacio Presidencial para cederlo, naturalmente, al vicepresidente Nelson Rocaballera, en funciones de presidente hasta la confirmación. Pero antes de abandonar el palacio, la señora Buendía tuvo el gesto de conceder medallas de valor a la escolta personal de su marido, y premiar a cada uno de los supervivientes, con una modesta cantidad en metálico, que no fue tan modesta, pues mientras la nota decía que se le habían dado diez mil dólares a cada uno de los veintinueve supervivientes lo cierto fue que, bajo mano, recibieron cien mil dólares, procedentes de la secretísima cuenta secreta del señor presidente y su esposa en un banco extranjero.

Al día siguiente no quedaba en Salvatierra ni uno solo de los miembros de la escolta personal (salvo los muertos y enterrados allí, claro está), que se apresuraron a buscar cada uno un sitio estupendo donde pegarse la gran vida con sus cien mil dólares ganados en una

semana.

—Supongo —le dijo Erika a Adolf— que tú regresas a Moscú, muy satisfecho aunque no hayas sido tú quien haya matado a Buendía.

—Así es. Te agradezco que no hayas mencionado mi confidencia. Y hay algo más que quiero decirte…, pero no ahora, pues me esperan en Moscú, en efecto, para presentar mi informe completo. ¿Podemos encontrarnos en algún sitio tú y yo y charlar tranquilamente de nuestro futuro?

—O sea, que cuando dijiste que estabas enamorado de mí era cierto.

—Naturalmente.

—Igor —sonrió de pronto Erika Wagner, hablando en impecable ruso—, voy a hacerte una proposición: no presentes ningún informe todavía. Vámonos juntos a cualquier rincón tranquilo de la vieja Europa, a esperar unos pocos días el final de la historia, y entonces sí, podrás presentar un informe… completo y veraz.

—¿De qué estás hablando?

—Te invito a una semana de vacaciones en Capri —rió Erika—. Pero como buenos amigos nada más, Igor. Hace ya mucho tiempo que estoy enamorada de otro hombre… para toda la vida.

Este es el final

Solamente habían transcurrido cinco días cuando ya, tras sucesivos vuelos, Sita Valdés había llegado a Zurich, ciudad suiza desde la cual alquiló un encantador chalecito en Mythen Quai, frente a los jardines Arboretum, en el Zurichsee, al cual se trasladó a la mañana siguiente de su llegada a la ciudad.

Y ni siquiera hacía quince minutos que se hallaba instalada en su nuevo hogar cuando sonó la llamada a la puerta del chalé. Convencida de que se trataría de alguien que acudía a ultimar alguna gestión relacionada con el alquiler del chalé, Sita Valdés fue a abrir la puerta sin preocupación alguna… Cuando vio ante ella a Erika Wagner se quedó atónita, incapaz de reaccionar.

—¿Cómo está usted, señora? —preguntó Erika, en perfecto español.

—Pero… ¡Erika! ¿Qué hace usted aquí? ¡Y habla español…!

—No me llamo Erika, ni soy alemana. Soy la agente Baby, de la CIA. ¿Me permite pasar?

Sita Valdés palideció. No podía ni moverse.

Erika Wagner la empujó suavemente, entró, cerró la puerta, y tomando de un brazo a Sita la llevó hacia la salita, donde sentó a la viuda en un sillón. El día debía de ser hermosísimo en Salvatierra. En Suiza resultaba un tanto deslucido, como opaco.

—Aunque la he estado dejando seguir el juego —dijo tranquilamente Erika—, yo supe desde el primer momento que usted había sido quien había matado a su marido. Y le diré por qué: Osvaldo le habría matado con más rapidez y seguridad, de un par de balazos al corazón, no le habría inferido aquella atroz herida… que más bien parecía una venganza sexual. Le he seguido el juego, digo, pero sin perderla de vista, hasta que finalmente mis queridos compañeros de la CIA me han enviado un aviso a Capri: la señora Buendía se ha instalado en Zurich, en efecto. Al decir «en efecto» se

referían a que yo había predicho que usted se marcharía pronto de Salvatierra, seguramente con destino a Europa Y aquí estamos, señora.

—Pero… ¿qué… qué quiere usted? —murmuró Sita.

—Quiero la verdad. Usted ha matado a un hombre que era útil a los Estados Unidos, y yo quiero saber por qué; bien entendido que la muerte de un sujeto como Máximo Buendía más bien me alegra, desde un punto de vista personal.

—Ustedes no tienen por qué molestarme por haber matado a Máximo… ¡Le ha sustituido Nelson Rocaballera, que les servirá tan fielmente como el propio Máximo!

—Me parece bien, y dejo esas cuestiones para Washington. Pero a mí se me encomendó proteger la vida de Máximo Buendía, y quiero saber por qué usted lo mató y montó toda aquella comedia. Y no me mienta, señora, porque si lo hace la mataré. Puede empezar a partir del momento en que usted y Plácido Arteaga simularon los dos primeros atentados, en uno de los cuales, para mayor convicción, su amante mató a un pobre soldado que en ningún momento había pensado asesinar a su presidente.

—¿Cómo sabe usted eso? —jadeó Sita.

—Hace mucho tiempo que aprendí a obtener conclusiones. Usted estaba más que harta de su marido, y, evidentemente, también de Arteaga. En eso incluso a mí me engañó, pues me convenció de que lo amaba… La escena en el barracón fue formidable. Pero está claro que no lo amaba. A ninguno de los dos. ¿Fue por eso que los mató?

—Sí… Por eso y por dinero. Muchísimo dinero, que pasará a mi poder en breve, cuando vaya a determinado banco de aquí, de esta ciudad.

—Entonces… ¿no fue por nada político? ¿No estaba usted trabajando para algún servicio de espionaje, como la KGB, el Lien Lo Pou…?

—¡Claro que no!

Erika Wagner parecía decepcionada. Dijo:

—O sea, que Adolf Mann me ha estado diciendo la verdad, y él sí es de la KGB. Bueno, mientras él viene sea tan amable de explicarme toda la verdad, como por ejemplo, cosa que he adivinado ya, que la escolta personal era para usted, no para su

marido… Dígamelo todo. ¿O prefiere morir?

Sita Valdés prefirió decir la verdad, porque en el fondo tenía la esperanza de que en definitiva podría sobornar a Erika Wagner. A fin de cuentas iba a tener tantísimo dinero que no tendría importancia desprenderse de un poco… Cuando Sita terminó el relato de sus planes Erika no dijo nada, permaneciendo pensativa hasta que, al poco, sonó la llamada a la puerta del chalé. Entonces miró a Sita y ordenó:

—Vaya a abrir.

Sita obedeció.

Regresó acompañada de Adolf Mann, que portaba una pequeña radio de bolsillo en el hueco de la mano izquierda.

—¿Lo has oído todo bien? —preguntó Erika.

—Desde luego. Y ahora sí que podré presentar un informe completo en mi Directorio.

—Y yo en la Central de la CIA —asintió Erika—. Lo que me pregunto es qué vamos a hacer con este personaje.

—Matémosla —propuso fríamente Adolf.

—Buena idea, que además se ajusta a mi modo de…

—¡No! —exclamó Sita, reaccionando de pronto—. ¡No pueden matarme!

—¿Por qué no? —Se pasmó Erika.

—Yo… yo tengo mucho dinero… ¡Puedo repartirlo con ustedes! Les juro que tengo muchísimo dinero. Sólo tengo que ir al banco, utilizar las dos llaves de oro para abrir la caja privada, y podré entregarles una cantidad fabulosa a cada uno…

—Me parece que está perdiendo el tiempo, señora —dijo Erika —. No nos importa demasiado el dinero. A nosotros lo único que nos interesa es hacer bien nuestro trabajo. ¿No es cierto, Igor?

—Desde luego.

—Pero yo… yo-yo puedo… puedo ayudarles en su trabajo —insistió Sita, buscando desesperada una salida—… No crean que sólo soy una pobre tonta ambiciosa, también… tengo buenas ideas. Por ejemplo, durante tiempo he estado utilizando a Máximo, he sido yo quien le ha estado diciendo lo que tenía que hacer… ¡Por ejemplo, fui yo quien le sugirió que hundiera los barcos cubanos, ésa es la verdad! Y le sugerí muchas otras cosas… ¡Muchas! ¡Puedo serles de utilidad a las dos, como espía, o como… como

consejera…!

—Le diré lo que va a pasar aquí, señora —dijo gélidamente Erika Wagner—: Igor y yo nos vamos a quedar sus llaves, vamos a sacar su dinero del banco, y nos lo vamos a repartir. Luego, cada uno se irá por su lado, los dos contentos. Él, porque regresará a Moscú dejando atrás enterrado a Máximo Buendía. Yo, porque al morir Buendía y eliminar también a su demonio particular habré cumplido una vez más la satisfactoria labor de matar todos los bichos venenosos del planeta.

—¿Quiere decir… que va a matarme?

—Así es. Y esta vez no dispondrá de ninguna escolta personal que la proteja. ¿Verdad que no, Igor?

—Me parece que no —sonrió el ruso.

Sita Valdés miraba con expresión desorbitada a Erika Wagner, la cual sacó su pequeña pistola de cachas de madreperla, le apuntó a la frente, y disparó. Sita Valdés quedó sentada en el sillón, con los ojos desorbitados y el rostro crispado en una mueca de miedo, furia y muerte. Erika se guardó la pistolita, y se puso en pie.

—Tal vez más adelante nosotros tengamos que enfrentarnos —murmuró Adolf Mann—, si me envían a eliminar también al presidente Rocaballera.

—Tal vez —asintió Brigitte Baby Montfort—. Pero tal vez no, Igor. Porque si Rocaballera resulta ser tan malvado como Buendía yo misma lo mataré…, que es lo que había pensado hacer con Máximo Buendía, por criminal.

—¿Qué? —exclamó el ruso—. ¡Pero tú trabajas para la CIA!

—Nada de eso, colega. Yo trabajo con la CIA, pero trabajo para la Humanidad. Y el presidente Buendía, por lo que me contaron, simplemente sobraba en la Humanidad. Bien muerto está.

FIN